

Papa León XIV

VIAJE APOSTÓLICO A TURQUÍA Y EL LÍBANO

27 de noviembre al 2 de diciembre de 2025



Viaje del Papa León XIV a Turquía y El Líbano

(27 de noviembre
al 2 de diciembre de 2025)

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana
Copyright foto portada © shutterstock ID:2704062233 Riccardo De Luca

Índice

Encuentro con las autoridades, representantes de la sociedad civil y el cuerpo diplomático

Encuentro de oración con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas y operadores pastorales

Visita a la residencia de ancianos de las Hermanitas de los Pobres

Encuentro ecuménico de oración cerca de las excavaciones arqueológicas de la antigua basílica de san neófito

Doxología

Encuentro con ss. Bartolomeo I y firma de la declaración conjunta

Santa Misa I Domingo de Adviento

Visita de oración a la catedral apostólica armenia

Discurso del santo padre

Conferencia-de prensa durante el vuelo de Estambul a Beirut

Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

Visita y oración en la tumba de san Charbel Maklūf

Encuentro con los obispos, sacerdotes, consagrados, consagradas y los operadores pastorales

Encuentro ecuménico e interreligioso

encuentro con los jóvenes

Visita a los operadores y pacientes del hospital “De la Croix” en Jal Ed Dib

Santa misa

Llamamiento del santo padre al finalizar la santa misa en Beirut

Discurso del santo padre a los periodistas

***ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES,
REPRESENTANTES DE LA SOCIEDAD CIVIL Y EL
CUERPO DIPLOMÁTICO***

Ankara, Palacio Presidencial

Jueves, 27 de noviembre de 2025

*Señor Presidente,
distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo Diplomático,
señoras y señores:*

Muchas gracias por su amable acogida. Me complace comenzar los viajes apostólicos de mi pontificado en su país, ya que esta tierra está indisolublemente ligada a los orígenes del cristianismo y hoy llama a los hijos de Abraham y a toda la humanidad a una fraternidad que reconoce y aprecia las diferencias.

La belleza natural de su país nos exhorta a custodiar la creación de Dios. Más aún, la riqueza cultural, artística y espiritual de los lugares en que viven nos recuerda que en el encuentro entre generaciones, tradiciones e ideas diferentes se forman las grandes civilizaciones, en las que el desarrollo y la sabiduría se van construyendo en unidad. Es cierto, nuestro mundo tiene a sus espaldas siglos de conflictos y a nuestro alrededor sigue desestabilizado por ambiciones y decisiones que pisotean la justicia y la paz. Sin embargo, ante los retos que se nos plantean, ser un pueblo con un gran pasado representa un don y una responsabilidad.

La imagen del puente sobre el estrecho de los Dardanelos, elegida como emblema de mi viaje, expresa eficazmente el papel especial de su país. Ustedes ocupan un lugar importante en el presente y en el futuro del Mediterráneo y del mundo entero, sobre todo valorizando sus diversidades internas. Antes de conectar Asia y Europa, Oriente y Occidente, ese puente

une a Türkiye consigo misma, compone sus partes y la convierte, por así decirlo, desde dentro, en una encrucijada de sensibilidades, cuya homogeneización representaría un empobrecimiento. De hecho, una sociedad está viva si es plural: son los puentes entre sus diferentes almas los que la convierten en una sociedad civil. Hoy en día, las comunidades humanas están cada vez más polarizadas y desgarradas por posiciones extremas que las fragmentan.

Deseo asegurarles que también los cristianos, que son y se sienten parte de la identidad turca, tan apreciada por san Juan XXIII, a quien ustedes recuerdan como el “Papa turco” por la profunda amistad que siempre lo unió a su pueblo, quieren contribuir positivamente a la unidad de su país. Él, que fue Administrador del Vicariato Latino de Estambul y Delegado Apostólico en Türkiye y Grecia desde 1935 hasta 1945, se esforzó intensamente para que los católicos no se autoexcluyeran de la construcción de su nueva República. «He aquí —escribía en aquellos años— que nosotros, los católicos latinos de Estambul y los católicos de otros ritos: armenio, griego, caldeo, sirio, etc., somos aquí una modesta minoría que vive en la superficie de un vasto mundo con el que sólo tenemos relaciones superficiales. Nos gusta distinguirnos de quienes no profesan nuestra fe: hermanos ortodoxos, protestantes, israelitas, musulmanes, creyentes o no creyentes de otras religiones [...]. Parece lógico que cada uno se ocupe de sí mismo, de su tradición familiar y nacional, manteniéndose dentro del círculo limitado de su propia comunidad. [...] Mis queridos hermanos e hijos: debo decirles que, a la luz del Evangelio y del principio católico, esta es una lógica falsa».^[1] Desde entonces, sin duda, se han dado grandes pasos adelante en el seno de la Iglesia y en su sociedad, pero esas palabras siguen irradiando mucha luz y continúan inspirando una lógica evangélica y más verdadera, que el Papa Francisco ha definido como “cultura del encuentro”.

Desde el corazón del Mediterráneo, de hecho, mi venerado predecesor se opuso a la “globalización de la indiferencia” con la invitación a sentir el dolor ajeno, a escuchar el grito de los pobres y de la tierra, inspirando así una acción compasiva, reflejo del único Dios, que es clemente y misericordioso, «lento para enojarse y de gran misericordia» (*Sal* 103,8). La imagen del gran puente también ayuda en este sentido. Dios, al revelarse, estableció un puente entre el cielo y la tierra; lo hizo para que nuestro

corazón cambiara, haciéndose semejante al suyo. Es un puente colgante, grandioso, que casi desafía las leyes de la física: así es el amor, que, además de la dimensión íntima y privada, posee también una dimensión visible y pública.

La justicia y la misericordia desafían la ley de la fuerza y se atreven a pedir que la compasión y la solidaridad sean consideradas criterios de desarrollo. Por eso, en una sociedad como la turca, donde la religión tiene un papel visible, es fundamental honrar la dignidad y la libertad de todos los hijos de Dios: hombres y mujeres, compatriotas y extranjeros, pobres y ricos. Todos somos hijos de Dios y esto tiene consecuencias personales, sociales y políticas. Quien tiene un corazón dócil a la voluntad de Dios siempre promoverá el bien común y el respeto por todos. En la actualidad, esto supone un gran desafío, que debe remodelar las políticas locales y las relaciones internacionales, especialmente ante una evolución tecnológica que, de otro modo, podría acentuar las injusticias, en lugar de contribuir a disiparlas. De hecho, incluso las inteligencias artificiales reproducen nuestras preferencias y aceleran los procesos que, a fin de cuentas, no son las máquinas, sino la humanidad quien los ha emprendido. Trabajemos juntos, pues, para modificar la trayectoria del desarrollo y para reparar los daños ya infligidos a la unidad de la familia humana.

Señoras y señores, he hablado de “familia humana”. Se trata de una metáfora que nos invita a establecer un vínculo —una vez más, un puente— entre los destinos de todos y la experiencia de cada uno. Para cada uno de nosotros, de hecho, la familia ha sido el primer núcleo de la vida social, en el que hacemos experiencia de que sin el otro no hay “yo”. Más que en otros países, la familia conserva una gran importancia en la cultura turca y no faltan iniciativas para apoyar su centralidad. En su seno, de hecho, maduran actitudes esenciales para la convivencia civil y una primera y fundamental sensibilidad hacia el bien común. Ciertamente, cada familia puede también cerrarse en sí misma, cultivar enemistades o impedir que alguno de sus miembros se exprese, hasta el punto de obstaculizar el desarrollo de sus talentos. Sin embargo, no es desde una cultura individualista, ni desde el desprecio del matrimonio y la fecundidad, desde donde las personas pueden obtener mayores oportunidades de vida y felicidad.

A este engaño de las economías consumistas, en las que la soledad se convierte en negocio, conviene responder con una cultura que valore los afectos y los vínculos. Sólo juntos nos convertimos auténticamente en nosotros mismos. Sólo en el amor se profundiza nuestra interioridad y se fortalece nuestra identidad. Quien desprecia los vínculos fundamentales y no aprende a soportar incluso sus límites y fragilidades, se vuelve más fácilmente intolerante e incapaz de interactuar con un mundo complejo. De hecho, en la vida familiar emergen de modo muy específico el valor del amor conyugal y la aportación femenina. Las mujeres en particular, también a través del estudio y la participación activa en la vida profesional, cultural y política, se ponen cada vez más al servicio del país y de la influencia positiva del mismo en el panorama internacional. Por lo tanto, hay que apreciar mucho las importantes iniciativas en este sentido, en apoyo de la familia y de la contribución femenina al pleno florecimiento de la vida social.

Señor Presidente, que Türkiye sea un factor de estabilidad y acercamiento entre los pueblos, al servicio de una paz justa y duradera. La visita a Türkiye de cuatro Papas —san Pablo VI en 1967, san Juan Pablo II en 1979, Benedicto XVI en 2006 y Francisco en 2014— atestigua que la Santa Sede no sólo mantiene buenas relaciones con la República de Türkiye, sino que desea cooperar en la construcción de un mundo mejor con la aportación de este país, que constituye un puente entre Oriente y Occidente, entre Asia y Europa, y una encrucijada de culturas y religiones. La ocasión misma de este viaje, el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, nos habla de encuentro y diálogo, al igual que el hecho de que los ocho primeros concilios ecuménicos se celebraran en las tierras de la actual Türkiye.

Hoy más que nunca se necesitan personas que favorezcan el diálogo y lo practiquen con firme voluntad y paciente tenacidad. Tras la época de construcción de las grandes organizaciones internacionales, que siguió a las tragedias de las dos guerras mundiales, estamos atravesando una fase de fuertes conflictos a nivel global, en la que prevalecen las estrategias de poder económico y militar, alimentando lo que el Papa Francisco llamaba “la tercera guerra mundial a pedazos”. ¡No hay que ceder en modo alguno a esta deriva! Está en juego el futuro de la humanidad. Porque las energías y los recursos absorbidos por esta dinámica destructiva se sustraen a los

verdaderos retos que la familia humana debería afrontar unida, es decir, la paz, la lucha contra el hambre y la miseria, la salud, la educación y la salvaguarda de la creación.

La Santa Sede, con su única fuerza, que es la espiritual y moral, desea cooperar con todas las naciones que se preocupan por el desarrollo integral de cada hombre y de todos los hombres y las mujeres. Caminemos juntos, pues, en la verdad y en la amistad, confiando humildemente en la ayuda de Dios. ¡Gracias!

ENCUENTRO DE ORACIÓN CON LOS OBISPOS, SACERDOTES, DIÁCONOS, CONSAGRADOS, CONSAGRADAS Y OPERADORES PASTORALES

Catedral del Espíritu Santo (Estambul)

Viernes, 28 de noviembre de 2025

*Excelencias Reverendísimas,
queridos sacerdotes, religiosas y religiosos,
agentes de pastoral, hermanos y hermanas todos:*

Es una gran alegría encontrarme aquí en medio de ustedes. Agradezco al Señor que me concede, en mi primer viaje apostólico, visitar esta “tierra sagrada” que es Türkiye, en la cual la historia de Israel encuentra el cristianismo naciente; el Antiguo y el Nuevo Testamento se abrazan, y se escriben las páginas de numerosos Concilios.

La fe que nos une tiene raíces lejanas. En efecto, obediente a la llamada de Dios, nuestro padre Abraham se pone en camino desde Ur de los caldeos y después, desde la región de Jarán al sur de la actual Türkiye, Abraham partió hacia la Tierra prometida (cf. *Gn* 12,1). En la plenitud de los tiempos, después de la muerte y resurrección de Jesús, también sus discípulos se dirigieron hacia Anatolia y Antioquía —donde posteriormente fue obispo san Ignacio— y fueron llamados “cristianos” por primera vez (cf. *Hch* 11,26). Desde esa ciudad, san Pablo inició algunos de sus viajes apostólicos, fundando muchas comunidades. Y es precisamente en la costa de la península de Anatolia, en Éfeso, donde, según algunas fuentes antiguas, habría residido y fallecido el evangelista Juan, discípulo amado del Señor (cf. S. Ireneo, *Contra los herejes*, III, 3, 4; Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica* V, 24, 3).

Además, recordamos con admiración el gran pasado bizantino, el impulso misionero de la Iglesia de Constantinopla y la difusión del cristianismo en todo el Levante. Aún hoy, en Türkiye viven numerosas comunidades cristianas de rito oriental, como armenios, sirios y caldeos, así como las de rito latino. El Patriarcado Ecuménico sigue siendo un punto de referencia tanto para sus fieles griegos como para los que pertenecen a otras denominaciones ortodoxas.

Queridos hermanos, también ustedes han sido engendrados de la riqueza de esta larga historia. Hoy son ustedes la comunidad llamada a cultivar la semilla de la fe que, desde Abraham, los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, nos ha sido transmitida. La historia que nos antecede no es simplemente para recordar y después archivar en un pasado glorioso, mientras observamos resignados cómo la Iglesia católica se ha reducido numéricamente. Al contrario, estamos invitados a adoptar la mirada evangélica, iluminada por el Espíritu Santo.

Y cuando miramos con los ojos de Dios, descubrimos que Él ha escogido el camino de la pequeñez para descender en medio de nosotros. Este es el estilo del Señor que todos estamos llamados a testimoniar; los profetas anunciaron la promesa de Dios acerca de un pequeño germen que brotará (cf. *Is* 11,1), y Jesús elogia a los pequeños que confían en Él (cf. *Mc* 10,13-16), afirmando que el Reino de Dios no se impone llamando la atención (cf. *Lc* 17,20-21), sino que se desarrolla como la más pequeña de todas las semillas plantadas en la tierra (cf. *Mc* 4,31).

Esta lógica de la pequeñez es la verdadera fuerza de la Iglesia. En efecto, esta fuerza no reside ni en sus recursos ni en sus estructuras, ni los frutos de su misión derivan del consenso numérico, de la potencia económica o de la relevancia social. La Iglesia, al contrario, vive de la luz del Cordero y, reunida en torno a Él, es impulsada por el poder del Espíritu Santo en los caminos del mundo. En esta misión, la Iglesia está llamada a confiar constantemente en la promesa del Señor: «No temas, pequeño Rebaño, porque el Padre de ustedes ha querido darles el Reino» (*Lc* 12,32). Al respecto, recordemos estas palabras del Papa Francisco: «En una comunidad cristiana donde los fieles, los sacerdotes, los obispos, no toman este camino de la pequeñez, no hay futuro, [...] el Reino de Dios brota en lo

pequeño, siempre en lo pequeño» (*Homilía en Santa Marta*, 3 diciembre 2019).

La Iglesia que vive en Türkiye es una pequeña comunidad que, no obstante, permanece fecunda como semilla y levadura del Reino. Por eso, los animo a cultivar una actitud espiritual de esperanza confiada, fundada en la fe y en la unión con Dios. Es necesario, ciertamente, dar testimonio del Evangelio con alegría y mirar hacia el futuro con esperanza. Algunos rasgos de esta esperanza ya están presentes, pidamos entonces al Señor que los sepamos reconocer y cultivar; otros, quizá, tengan que ser expresados por nosotros de manera creativa, perseverando en la fe y en el testimonio.

Entre los signos prometedores más hermosos, me vienen a la mente los muchos jóvenes que tocan a las puertas de la Iglesia católica, trayendo consigo sus preguntas y sus inquietudes. A tal propósito, los exhorto a continuar con el riguroso trabajo pastoral que llevan a cabo. Del mismo modo, los invito a escuchar y acompañar a los jóvenes y también a atender aquellas áreas en las cuales la Iglesia en Türkiye está llamada a trabajar, de modo particular: el diálogo ecuménico e interreligioso, la transmisión de la fe a la población local, y el servicio pastoral a los migrantes y refugiados.

Este último aspecto amerita una reflexión. La presencia tan significativa de los migrantes y refugiados en este país, en efecto, supone para la Iglesia el desafío de acoger y servir a aquellos que se encuentran entre los más vulnerables. Al mismo tiempo, esta Iglesia está formada por extranjeros y, de hecho, muchos de ustedes —sacerdotes, religiosas, agentes de pastoral— proceden de otras tierras; esto requiere de su parte un compromiso especial con la inculturación; que la lengua, los usos y las costumbres de Türkiye se conviertan cada vez más en los suyos. La comunicación del Evangelio pasa, de hecho, por esta inculturación.

No quiero olvidar, además, que en esta tierra se celebraron los primeros ocho concilios ecuménicos. Este año se cumple el 1700 aniversario del Primer Concilio de Nicea, «cimiento en el camino de la Iglesia y de la humanidad entera» (Francisco, *Discurso a la Comisión Teológica Internacional*, 28 noviembre 2024), un acontecimiento siempre actual que nos plantea algunos retos que me gustaría mencionar.

El primero se trata de la importancia de *acoger la esencia de la fe y del ser cristianos*. En torno al Símbolo de la fe, la Iglesia de Nicea encontró la unidad (cf. *Spes non confundit. Bula de convocación del Jubileo Ordinario del Año 2025*, n. 17). Por lo tanto, no se trata sólo de una fórmula doctrinal, sino de la invitación a buscar siempre, incluso dentro de las distintas percepciones, espiritualidades y culturas, la unidad y la esencialidad de la fe cristiana entorno a la centralidad de Cristo y a la Tradición de la Iglesia. Nicea nos invita, aún hoy, a reflexionar sobre esto: ¿quién es Jesús para nosotros?, ¿qué significa, en su núcleo esencial, ser cristianos? El Símbolo de la fe, profesado de modo unánime y común, se vuelve de esta manera criterio para discernir, brújula orientadora, eje sobre el cual deben girar nuestro creer y nuestro actuar. A propósito del nexo entre la fe y las obras, quiero agradecer a las organizaciones internacionales, de modo especial a *Caritas Internationalis* y a *Kirche in Not*, por el apoyo a las actividades caritativas de la Iglesia y, sobre todo, por la ayuda prestada a las víctimas del terremoto de 2023.

El segundo desafío consiste en la urgencia de *redescubrir en Cristo el rostro de Dios Padre*. Nicea afirma la divinidad de Jesús y su igualdad con el Padre. En Jesús, nosotros encontramos el verdadero rostro de Dios y su palabra acerca de la humanidad y de la historia. Esta verdad pone constantemente en crisis nuestras representaciones de Dios cuando no corresponden a lo que Jesús nos ha revelado y nos invita a un constante discernimiento crítico sobre las formas de nuestra fe, de nuestra oración, de nuestra vida pastoral y, en general, de nuestra espiritualidad. Hay, sin embargo, otro desafío, que definiría como un “regreso del arrianismo”, presente en la cultura actual y a veces hasta en los propios creyentes, cuando se ve a Jesús con admiración humana, incluso aún con espíritu religioso, pero sin considerarlo realmente como el Dios vivo y verdadero presente entre nosotros. Su ser Dios, Señor de la historia, viene de esta manera oscurecido y nos limitamos a considerarlo un personaje histórico, un maestro sabio, un profeta que ha luchado por la justicia, pero nada más. Nicea nos lo recuerda: Cristo Jesús no es un personaje del pasado, es el Hijo de Dios presente entre nosotros que guía la historia hacia el futuro que Dios nos ha prometido.

Por último, el tercer desafío, *la mediación de la fe y el desarrollo de la doctrina*. En un contexto cultural completo, el Símbolo de Nicea logró mediar la esencia de la fe a través de las categorías culturales y filosóficas de la época. No obstante, pocos decenios después, en el primer Concilio de Constantinopla, vemos que se profundizó y amplió, y precisamente gracias a esa profundización de la doctrina se llegó a una nueva fórmula: el Símbolo Niceno-Constantinopolitano, que comúnmente profesamos en nuestras celebraciones dominicales.

En esto aprendemos una gran lección. Siempre es necesario mediar la fe cristiana en los lenguajes y categorías del contexto en el que vivimos, como lo hicieron los Padres en Nicea y en los otros concilios. Al mismo tiempo, debemos distinguir el núcleo de la fe de las fórmulas y formas históricas que lo expresan, las cuales siempre son parciales y provisorias, y pueden cambiar a medida que profundizamos en la doctrina. Recordemos que el nuevo Doctor de la Iglesia, san John Henry Newman, insiste en el desarrollo de la doctrina cristiana, porque no es una idea abstracta y estática, sino que refleja el misterio mismo de Cristo. Se trata, por tanto, del desarrollo interno de un organismo vivo, que saca a la luz y explica mejor el núcleo fundamental de la fe.

Queridos hermanos, antes de saludarlos, quisiera recordarles la figura, para ustedes tan querida, de san Juan XXIII, que ha amado y servido a este pueblo, afirmando: “Me gusta repetir lo que siento en el corazón: Yo amo a los turcos, aprecio las cualidades naturales de este pueblo” (cf. *Diario del alma*, 234). Y observando desde la ventana de la casa de los jesuitas a los pescadores del Bósforo, trabajando entre las barcas y las redes, escribió: «El espectáculo me emociona. La otra noche, hacia la una, llovía a cántaros, pero los pescadores estaban allí, impávidos en su ruda tarea [...] Imitar a los pescadores del Bósforo, trabajar día y noche con las lámparas encendidas, cada uno en su propia barca, a las órdenes de los jefes espirituales: ese es nuestro grave y santo deber» (*Diario del alma*, 235).

Deseo que sean animados por esta pasión, que conserven la alegría de la fe, trabajando como pescadores intrépidos en la barca del Señor. Que María Santísima, la *Theotokos*, interceda por ustedes y los cuide. Gracias.

VISITA A LA RESIDENCIA DE ANCIANOS DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

Estambul

Viernes, 28 de noviembre de 2025

Queridas hermanas y queridos hermanos, ¡buenos días!

Agradezco de corazón las palabras de bienvenida de las hermanas y la hospitalidad de todos ustedes que me han mostrado. ¡La hospitalidad es el don de esta casa! Un don que viene de Dios y que las Hermanitas de los Pobres, los trabajadores y los benefactores, así como todos los huéspedes, hacen fructificar en su convivencia cotidiana. ¡Gracias a todos!

Me gustaría compartir con ustedes dos sencillas reflexiones.

La primera se inspira en el nombre de ustedes, queridas hermanas: se llaman “Hermanitas de los Pobres”. Un nombre hermoso, ¡y que da qué pensar! Sí, el Señor no las ha llamado sólo para asistir o ayudar a los pobres. ¡Las ha llamado a ser sus “hermanas”! Como Jesús, a quien el Padre envió no sólo para ayudarnos y servirnos, sino para ser nuestro hermano. Este es el secreto de la caridad cristiana: antes que ser *para* los demás, se trata de estar *con* los demás, en un compartir basado en la fraternidad.

La segunda reflexión me la sugieren ustedes, queridos huéspedes de esta casa. Ustedes son *adultos mayores*. Y esta palabra, “mayor”, hoy corre el riesgo de perder su significado más verdadero: en muchos contextos sociales, donde domina la eficiencia y el materialismo, se ha perdido el sentido del respeto por las personas mayores. En cambio, la Sagrada Escritura y las buenas tradiciones nos enseñan que —como solía repetir el Papa Francisco— los ancianos son la sabiduría de un pueblo, una riqueza para los nietos, para las familias, para toda la sociedad.

Por eso, va un doble agradecimiento a esta casa que, en nombre de la fraternidad, se abre a la acogida de los adultos mayores. Esto, lo sabemos, no es fácil, requiere mucha paciencia y mucha oración. Por eso, ahora roguemos al Señor que los acompañe y los sostenga, e invoco sobre todos ustedes la bendición de Dios.

ENCUENTRO ECUMÉNICO DE ORACIÓN CERCA DE LAS EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS DE LA ANTIGUA BASÍLICA DE SAN NEÓFITO

İznik

Viernes, 28 de noviembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

En una época dramática en muchos aspectos, en la que las personas se ven sometidas a innumerables amenazas a su propia dignidad, el 1700 aniversario del Primer Concilio de Nicea es una valiosa ocasión para preguntarnos quién es Jesucristo en la vida de las mujeres y los hombres de hoy, quién es para cada uno de nosotros.

Esta pregunta interpela de manera particular a los cristianos, que corren el riesgo de reducir a Jesucristo a una especie de líder carismático o *superhombre*, una tergiversación que al final conduce a la tristeza y la confusión (cf. *Homilía S. Misa “Pro Ecclesia”*, 9 mayo 2025). Al negar la divinidad de Cristo, Arrio lo redujo a un simple intermediario entre Dios y los seres humanos, ignorando la realidad de la Encarnación, de modo que lo divino y lo humano quedaron irremediabilmente separados. Pero si Dios no se hizo hombre, ¿cómo pueden los mortales participar de su vida inmortal? Esto estaba en juego en Nicea y está en juego hoy: la fe en el Dios que, en Jesucristo, se hizo como nosotros para hacernos llegar «a participar de la naturaleza divina» (2 P 1,4; cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, 3, 19; S. Atanasio, *De Incarnatione*, 54, 3).

Esta confesión de fe cristológica es de fundamental importancia en el camino que los cristianos están recorriendo hacia la plena comunión: de hecho, es compartida por todas las Iglesias y comunidades cristianas del mundo, incluidas aquellas que, por diversas razones, no utilizan el Credo

Niceno-Constantinopolitano en sus liturgias. En efecto, la fe «en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos [...] de la misma naturaleza del Padre» (*Credo Niceno*) es un vínculo profundo que ya une a todos los cristianos. En este sentido, citando a san Agustín, también en el ámbito ecuménico podemos decir que “aunque somos muchos cristianos, en el único Cristo somos uno” (cf. *Comentario al Salmo 127*). Partiendo de la conciencia de que ya estamos unidos por este profundo vínculo, a través de un camino de adhesión cada vez más total a la Palabra de Dios revelada en Jesucristo y bajo la guía del Espíritu Santo, en el amor recíproco y en el diálogo, todos estamos invitados a superar el escándalo de las divisiones que, lamentablemente, aún existen y a alimentar el deseo de unidad por el que el Señor Jesús rezó y dio su vida. Cuanto más reconciliados estemos, tanto más podremos los cristianos dar un testimonio creíble del Evangelio de Jesucristo, que es anuncio de esperanza para todos, mensaje de paz y de fraternidad universal que trasciende las fronteras de nuestras comunidades y naciones (cf. Francisco, *Discurso a los participantes en la Sesión Plenaria del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos*, 6 mayo 2022).

La reconciliación es hoy un llamamiento que surge de toda la humanidad afligida por los conflictos y la violencia. El deseo de plena comunión entre todos los creyentes en Jesucristo va siempre acompañado de la búsqueda de la fraternidad entre todos los seres humanos. En el Credo Niceno profesamos nuestra fe «en un solo Dios Padre»; sin embargo, no sería posible invocar a Dios como Padre si nos negáramos a reconocer como hermanos y hermanas a los demás hombres y mujeres, también ellos creados a imagen de Dios (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 5). Existe una hermandad universal, independientemente de la etnia, la nacionalidad, la religión o la opinión. Las religiones, por su naturaleza, son depositarias de esta verdad y deberían animar a las personas, a los grupos humanos y a los pueblos a reconocerla y practicarla (cf. *Discurso Encuentro Internacional por la Paz*, 28 octubre 2025). El uso de la religión para justificar la guerra y la violencia, como cualquier forma de fundamentalismo y fanatismo, debe ser rechazado con firmeza, mientras que los caminos a seguir son los del encuentro fraternal, el diálogo y la colaboración.

Estoy profundamente agradecido a Su Santidad Bartolomé, quien, con gran sabiduría y clarividencia, ha decidido conmemorar juntos el 1700 aniversario del Concilio de Nicea precisamente en el lugar donde se llevó a cabo. Asimismo, agradezco sinceramente a los Jefes de las Iglesias y a los Representantes de las Comuniones Cristianas Mundiales que han aceptado la invitación a participar en este evento. Que Dios Padre, omnipotente y misericordioso, escuche la ferviente oración que le dirigimos hoy y conceda que este importante aniversario dé abundantes frutos de reconciliación, unidad y paz.

DOXOLOGÍA

Iglesia Patriarcal de San Jorge (Estambul)

Sábado, 29 de noviembre de 2025

Su Santidad, amado hermano en Cristo:

Permítame comenzar expresando mi más profundo agradecimiento por su cálida bienvenida y sus amables palabras de saludo. Asimismo, agradezco a los miembros del Santo Sínodo, junto con el clero y los fieles, con quienes compartimos esta oración vespertina.

Al entrar en esta iglesia, me embargó una gran emoción, pues soy consciente de que sigo los pasos de los Papas Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. También sé que Su Santidad tuvo la oportunidad de conocer personalmente a mis venerables predecesores y de entablar con ellos una amistad sincera y fraterna, basada en la fe compartida y en una visión común de muchos de los principales desafíos que afrontan la Iglesia y el mundo. Estoy seguro de que nuestro encuentro contribuirá a fortalecer los lazos de nuestra amistad, que ya comenzaron a afianzarse cuando nos conocimos al inicio de mi ministerio como Obispo de Roma, especialmente durante la solemne celebración de la Santa Eucaristía, a la que Su Santidad tuvo la gentileza de asistir.

Ayer, y nuevamente esta mañana, vivimos momentos extraordinarios de gracia al conmemorar, junto con nuestros hermanos y hermanas en la fe, el 1700 aniversario del primer Concilio ecuménico de Nicea. Al recordar aquel acontecimiento tan significativo e inspirados por la oración de Jesús para que todos sus discípulos sean uno (cf. *Jn* 17,21), nos sentimos alentados en nuestro compromiso de buscar la restauración de la plena comunión entre todos los cristianos, tarea que emprendemos con la ayuda de Dios. Impulsados por este anhelo de unidad, nos preparamos también para celebrar la memoria del apóstol Andrés, patrono del Patriarcado

Ecuménico. En la oración de esta tarde, el diácono dirigió a Dios la petición “por la estabilidad de las Santas Iglesias y por la unidad de todos”. Esa misma petición resonará también en la Divina Liturgia de mañana. Que Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, tenga misericordia de nosotros y lleve a cumplimiento esta plegaria.

Una vez más, agradezco la fraternal acogida y quisiera extender a Su Santidad y a todos los presentes, mis más fervientes felicitaciones por la fiesta de su santo patrono.

ENCUENTRO CON SS. BARTOLOMEO I Y FIRMA DE LA DECLARACIÓN CONJUNTA

Palacio Patriarcal (Estambul)

Sábado, 29 de noviembre de 2025

DECLARACIÓN CONJUNTA

«¡Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor!»
(*Sal* 107,1).

En la víspera de la fiesta de san Andrés, el primero que fue llamado a ser apóstol, hermano del apóstol Pedro y patrono del Patriarcado Ecuménico, nosotros, el Papa León XIV y el Patriarca ecuménico Bartolomé, damos de corazón gracias a Dios, nuestro Padre misericordioso, por el don de este encuentro fraternal. Siguiendo el ejemplo de nuestros venerables predecesores y atendiendo a la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, continuamos caminando con firme determinación por la vía del diálogo, en el amor y en la verdad (cf. *Ef* 4,15), hacia la anhelada restauración de la plena comunión entre nuestras Iglesias hermanas. Conscientes de que la unidad de los cristianos no es simplemente resultado del esfuerzo humano, sino un don que viene de lo alto, invitamos a todos los miembros de nuestras Iglesias —clérigos, monjes, personas consagradas y fieles laicos— a buscar sinceramente el cumplimiento de la oración que Jesucristo dirigió al Padre: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti [...], para que el mundo crea» (*Jn* 17,21).

La conmemoración del 1700 aniversario del primer Concilio ecuménico de Nicea, celebrada en la víspera de nuestro encuentro, fue un momento extraordinario de gracia. El Concilio de Nicea, celebrado en el año 325 d. C., fue un acontecimiento providencial de unidad. Sin embargo, el propósito de conmemorar este acontecimiento no es simplemente recordar la

importancia histórica del Concilio, sino impulsarnos a estar continuamente abiertos al mismo Espíritu Santo que habló a través de Nicea, mientras afrontamos los numerosos desafíos de nuestro tiempo. Estamos profundamente agradecidos con todos los líderes y delegados de otras Iglesias y comunidades eclesiales que quisieron participar en este evento. Además de reconocer los obstáculos que impiden la restauración de la plena comunión entre todos los cristianos —obstáculos que tratamos de abordar mediante el camino del diálogo teológico—, debemos reconocer también que lo que nos une es la fe expresada en el Credo de Nicea. Esta es la fe salvadora en la persona del Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, *homooúsios* con el Padre, que por nosotros y por nuestra salvación se encarnó y habitó entre nosotros, fue crucificado, murió y fue sepultado, resucitó al tercer día, subió a los cielos y ha de volver para juzgar a vivos y muertos. A través de la venida del Hijo de Dios, somos introducidos en el misterio de la Santísima Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y estamos invitados a llegar a ser, en y a través de la persona de Cristo, hijos del Padre y coherederos con Cristo por la gracia del Espíritu Santo. Dotados de esta confesión común, podemos afrontar nuestros desafíos compartidos al dar testimonio de la fe expresada en Nicea con respeto mutuo, y trabajar juntos hacia soluciones concretas con esperanza genuina.

Estamos convencidos de que la conmemoración de este importante aniversario puede inspirar nuevos y valientes pasos en el camino hacia la unidad. Entre sus decisiones, el primer Concilio de Nicea también estableció los criterios para determinar la fecha de la Pascua, común para todos los cristianos. Estamos agradecidos con la Divina Providencia porque este año todo el mundo cristiano celebró la Pascua el mismo día. Es nuestro deseo común continuar el proceso para buscar una posible solución que permita celebrar juntos la Fiesta de las Fiestas cada año. Esperamos y oramos para que todos los cristianos, «con toda sabiduría e inteligencia espiritual» (*Col* 1,9), se comprometan en el proceso de llegar a una celebración común de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Este año conmemoramos también el 60 aniversario de la histórica Declaración conjunta de nuestros venerables predecesores, el Papa Pablo VI y el Patriarca ecuménico Atenágoras, que puso fin al intercambio de

excomuniones de 1054. Damos gracias a Dios porque este gesto profético impulsó a nuestras Iglesias a proseguir «con espíritu de confianza, de estima y de caridad mutuas, el diálogo que nos lleve con la ayuda de Dios a vivir de nuevo, para el mayor bien de las almas y el advenimiento del reino de Dios, en la plena comunión de fe, de concordia fraterna y de vida sacramental, como existió entre ellas durante el primer milenario de la vida de la Iglesia» (*Declaración conjunta del Papa Pablo VI y el Patriarca ecuménico Atenágoras*, 7 diciembre 1965). Al mismo tiempo, exhortamos a quienes aún dudan de cualquier forma de diálogo a que escuchen lo que el Espíritu dice a las Iglesias (cf. *Ap* 2,29), que en las circunstancias actuales de la historia nos insta a presentar al mundo un testimonio renovado de paz, reconciliación y unidad.

Convencidos de la importancia del diálogo, expresamos nuestro continuo apoyo a la labor de la Comisión Mixta Internacional para el Diálogo Teológico entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa, que en su fase actual está examinando cuestiones que históricamente se han considerado divisivas. Junto con el papel insustituible que desempeña el diálogo teológico en el proceso de acercamiento entre nuestras Iglesias, también valoramos los demás elementos necesarios de este proceso, incluidos los contactos fraternos, la oración y el trabajo conjunto en todos aquellos ámbitos donde la cooperación ya es posible. Exhortamos firmemente a todos los fieles de nuestras Iglesias, y especialmente al clero y a los teólogos, a que abracen con alegría los frutos alcanzados hasta ahora y a que trabajen para que sigan aumentando.

La meta de la unidad cristiana incluye el objetivo de contribuir de manera fundamental y vivificante a la paz entre todos los pueblos. Juntos elevamos fervientemente nuestras voces para invocar el don de la paz de Dios sobre nuestro mundo. Trágicamente, en muchas regiones de nuestro planeta, los conflictos y la violencia continúan destruyendo la vida de tantas personas. Hacemos un llamamiento a quienes tienen responsabilidades civiles y políticas para que hagan todo lo posible a fin de garantizar que la tragedia de la guerra cese inmediatamente, y pedimos a todas las personas de buena voluntad que apoyen nuestra súplica.

En particular, rechazamos cualquier uso de la religión y del nombre de Dios para justificar la violencia. Creemos que el auténtico diálogo interreligioso, lejos de ser causa de sincretismo y confusión, es esencial para la coexistencia de pueblos de distintas tradiciones y culturas. Conscientes del 60 aniversario de la Declaración *Nostra aetate*, exhortamos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a trabajar juntos para construir un mundo más justo y solidario, y a cuidar la creación que Dios nos ha confiado. Sólo así la familia humana podrá superar la indiferencia, el afán de dominación, la codicia de lucro y la xenofobia.

Aunque estamos profundamente alarmados por la situación internacional actual, no perdemos la esperanza. Dios no abandonará a la humanidad. El Padre envió a su Hijo unigénito para salvarnos, y el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo para hacernos partícipes de su vida divina, preservando y protegiendo la sacralidad de la persona humana. Por el Espíritu Santo sabemos y experimentamos que Dios está con nosotros. Por esta razón, en nuestra oración confiamos a Dios a todo ser humano, especialmente a quienes están necesitados, a los que sufren hambre, soledad o enfermedad. Invocamos sobre cada miembro de la familia humana toda gracia y bendición para que sus corazones «se sientan animados y que, unidos estrechamente en el amor, adquieran la plenitud de la inteligencia en toda su riqueza. Así conocerán el misterio de Dios», que es nuestro Señor Jesucristo (*Col 2, 2*).

Desde el Fanar, 29 de noviembre de 2025

SANTA MISA I DOMINGO DE ADVIENTO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

"Volkswagen Arena" (Estambul)

Sábado, 29 de noviembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos esta Santa Misa en la víspera del día en que la Iglesia recuerda a san Andrés, apóstol y patrono de esta tierra. Y al mismo tiempo comenzamos el Adviento para prepararnos a rememorar, en Navidad, el misterio de Jesús, Hijo de Dios, «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre» (*Credo Niceno-Constantinopolitano*), como declararon solemnemente hace 1700 años los Padres reunidos en el Concilio de Nicea.

En este contexto, la liturgia nos propone, en la primera lectura (cf. *Is* 2,1-5), una de las páginas más bellas del libro del profeta Isaías, donde resuena la invitación dirigida a todos los pueblos a subir al monte del Señor (cf. v. 3), lugar de luz y de paz. Me gustaría, pues, que meditáramos sobre nuestro ser Iglesia, deteniéndonos en algunas imágenes contenidas en este texto.

La primera es la del “monte elevado sobre la cima de los montes” (cf. *Is* 2,2). Nos recuerda que los frutos de la acción de Dios en nuestra vida no son un don sólo para nosotros, sino para todos. La belleza de Sión, ciudad en la montaña, símbolo de una comunidad renacida en la fidelidad que es signo de luz para hombres y mujeres de cualquier origen, nos recuerda que la alegría del bien es contagiosa. Encontramos confirmación de ello en la vida de muchos santos. San Pedro conoce a Jesús gracias al entusiasmo de su hermano Andrés (cf. *Jn* 1,40-42), quien, a su vez, junto con el apóstol Juan, es llevado al Señor por el celo de Juan el Bautista. San Agustín, siglos

más tarde, llega a Cristo gracias a la ardiente predicación de san Ambrosio, y así muchos otros.

En todo esto, también para nosotros hay una invitación a renovar en la fe la fuerza de nuestro testimonio. San Juan Crisóstomo, gran pastor de esta Iglesia, hablaba del encanto de la santidad como un signo más elocuente que muchos milagros. Decía que “el prodigio fue y pasó, pero la vida cristiana permanece y edifica continuamente” (cf. *Homilías sobre el Evangelio de san Mateo*, 43, 5), y concluía: “Vigilemos, pues, sobre nosotros mismos, para beneficiar también a los demás” (cf. *ibíd.*). Queridos hermanos, si realmente queremos ayudar a las personas con las que nos encontramos, vigilemos sobre nosotros mismos, como nos recomienda el Evangelio (cf. *Mt* 24,42); cultivemos nuestra fe con la oración, con los sacramentos, vivámosla coherentemente en la caridad, desechemos —como nos ha dicho san Pablo en la segunda lectura— las obras de las tinieblas y vistámonos con la armadura de la luz (cf. *Rm* 13,12). El Señor, a quien aguardamos glorioso al final de los tiempos, viene cada día a llamar a nuestra puerta. Estemos preparados (cf. *Mt* 24,44) con el compromiso sincero de una vida buena, como nos enseñan los numerosos modelos de santidad de los que es rica la historia de esta tierra.

La segunda imagen que nos transmite el profeta Isaías es la de un mundo en el que reina la paz. Él lo describe así: «con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas. No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra» (*Is* 2,4). ¡Con qué urgencia percibimos hoy esta llamada! ¡Cuánta necesidad de paz, de unidad y de reconciliación hay a nuestro alrededor, y también en nosotros y entre nosotros! ¿Cómo podemos contribuir a responder a esta exigencia?

Para comprenderlo, nos ayudamos del “logotipo” de este viaje, en el que uno de los símbolos elegidos es el puente. Puede hacernos pensar también en el famoso gran viaducto que, en esta ciudad, cruzando el Estrecho del Bósforo, une dos continentes: Asia y Europa. Con el tiempo, se han añadido otros dos pasos, de modo que actualmente hay tres puntos de unión entre las dos orillas. Tres grandes estructuras de comunicación, intercambio y encuentro; imponentes a la vista, pero tan pequeñas y frágiles si se comparan con los inmensos territorios que conectan.

Su triple extensión a través del Estrecho nos hace pensar en la importancia de nuestros esfuerzos comunes por la unidad en tres niveles: dentro de la comunidad, en las relaciones ecuménicas con los miembros de otras confesiones cristianas y en el encuentro con los hermanos y hermanas que pertenecen a otras religiones. Cuidar estos tres puentes, reforzándolos y ampliándolos de todas las formas posibles, forma parte de nuestra vocación de ser una ciudad construida sobre la montaña (cf. *Mt* 5,14-16).

Ante todo, como decía, dentro de esta Iglesia están presentes cuatro tradiciones litúrgicas diferentes —la latina, la armenia, la caldea y la siríaca—, cada una de las cuales aporta su propia riqueza espiritual, histórica y de experiencia eclesial. Compartir estas diferencias puede mostrar de manera eminente uno de los rasgos más bellos del rostro de la Esposa de Cristo: el de la catolicidad que une. La unidad que se consolida en torno al altar es un don de Dios y, como tal, es fuerte e invencible, porque es obra de su gracia. Al mismo tiempo, sin embargo, su realización en la historia está confiada a nosotros, a nuestros esfuerzos. Por eso, como los puentes sobre el Bósforo, necesita cuidado, atención, “mantenimiento”, para que el tiempo y las vicisitudes no debiliten sus estructuras y para que sus cimientos permanezcan sólidos. Con la mirada puesta en el monte de la promesa, imagen de la Jerusalén celestial, que es nuestra meta y madre (cf. *Ga* 4,26), pongamos entonces todo nuestro empeño en favorecer y fortalecer los lazos que nos unen, para enriquecernos mutuamente y ser, ante el mundo, un signo creíble del amor universal e infinito del Señor.

Un segundo vínculo de comunión que nos sugiere esta liturgia es el ecuménico. Lo atestigua también la participación de los Representantes de otras confesiones, que saludo con vivo aprecio. La misma fe en el Salvador, en efecto, nos une no sólo entre nosotros, sino con todos los hermanos y hermanas que pertenecen a otras Iglesias cristianas. Lo experimentamos ayer, en la oración en Íznik. También este es un camino que recorreremos juntos desde hace tiempo, y del que fue gran promotor y testigo san Juan XXIII, vinculado a esta tierra por intensos lazos de afecto recíproco. Por eso, mientras pedimos, con las palabras del Papa Juan, que «se realice el gran misterio de aquella unidad que con ardiente plegaria invocó Jesús al Padre celestial, estando inminente su sacrificio» (*Discurso de apertura del*

Concilio Ecuménico Vaticano II, 11 octubre 1962, 8.2), renovamos hoy nuestro “sí” a la unidad, «que todos sean uno» (*Jn* 17,21), «*ut unum sint*».

Un tercer vínculo al que nos remite la Palabra de Dios es el que nos une a los miembros de comunidades no cristianas. Vivimos en un mundo en el que, con demasiada frecuencia, la religión se utiliza para justificar guerras y atrocidades. Sin embargo, nosotros sabemos que, como afirma el Concilio Vaticano II, «la relación del hombre para con Dios Padre y con los demás hombres sus hermanos están de tal forma unidas que, como dice la Escritura: “el que no ama, no ha conocido a Dios” (*1 Jn* 4,8)» (Decl. *Nostra aetate*, 5). Por eso queremos caminar juntos, valorando lo que nos une, derribando los muros del prejuicio y la desconfianza, favoreciendo el conocimiento y la estima mutua, para dar a todos un fuerte mensaje de esperanza y una invitación a convertirse en “artífices de la paz” (cf. *Mt* 5,9).

Queridos hermanos, hagamos de estos valores nuestros propósitos para el tiempo de Adviento y, más aún, para nuestra vida, tanto personal como comunitaria. Que nuestros pasos se muevan como sobre un puente que une la tierra con el cielo y que el Señor ha tendido para nosotros. Mantengamos siempre la mirada fija en sus orillas, para amar con todo el corazón a Dios y a los hermanos, para caminar juntos y poder encontrarnos todos, algún día, en la casa del Padre.

VISITA DE ORACIÓN A LA CATEDRAL APOSTÓLICA ARMENIA

**SALUDO DEL SANTO PADRE A SU BEATITUD, EL PATRIARCA
ARMENIO SAHAK II**

Catedral Armenia Apostólica (Estambul)

Domingo, 30 de noviembre de 2025

Querido hermano en Cristo:

Es para mí motivo de profunda alegría poder visitar a Su Beatitud, en el mismo lugar donde los difuntos Patriarcas Shenork I y Mesrob II, de feliz memoria, recibieron a mis predecesores. Al presentarle mi saludo, deseo también extender un saludo fraternal a Su Santidad Karekin II, Patriarca Supremo y *Catholicós* de todos los Armenios, quien recientemente me honró con una visita, así como a los obispos, al clero y a toda la comunidad apostólica armenia de Estambul y Türkiye.

Esta visita me brinda la oportunidad de agradecer a Dios el valiente testimonio cristiano del pueblo armenio a lo largo de los siglos, a menudo en circunstancias trágicas. Deseo expresar, además, mi profunda gratitud al Señor por los lazos fraternales cada vez más estrechos que unen a la Iglesia Apostólica Armenia y a la Iglesia Católica. Poco después del Concilio Vaticano II, en mayo de 1967, Su Santidad el *Catholicós* Khoren I fue el primer Primado de una Iglesia Ortodoxa Oriental en visitar al Obispo de Roma e intercambiar con él el beso de la paz. Recuerdo también que, en mayo de 1970, Su Santidad el *Catholicós* Vasken I firmó con el Papa Pablo VI la primera declaración conjunta entre un Papa y un Patriarca Ortodoxo Oriental, invitando a los fieles a redescubrirse como hermanos y hermanas en Cristo con miras a la unidad. Desde entonces, por gracia de Dios, el “diálogo de caridad” entre nuestras Iglesias ha florecido.

Con motivo del 1700 aniversario del primer Concilio ecuménico, mi visita ofrece, sin duda, una oportunidad para celebrar el Credo Niceno. De esta fe apostólica común debemos inspirarnos para recuperar la unidad que existió en los primeros siglos entre la Iglesia de Roma y las antiguas Iglesias orientales. Debemos inspirarnos también en la experiencia de la Iglesia naciente para restaurar la plena comunión, una comunión que no implica absorción ni dominio, sino un intercambio de los dones que nuestras Iglesias han recibido del Espíritu Santo para gloria de Dios Padre y la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. *Ef* 4,12). Espero que la Comisión Mixta Internacional para el Diálogo Teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias Ortodoxas Orientales reanude pronto su fructífera labor, buscando un modelo de plena comunión, «por supuesto juntos», como anhelaba el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint* (n. 95).

En este camino hacia la unidad, nos precede y nos rodea «una verdadera nube de testigos» (*Hb* 12,1). Entre los santos de la tradición armenia, quisiera recordar al gran *Catholicós* y poeta del siglo XII, Nerses IV Shnorhali, cuyo 850 aniversario de fallecimiento conmemoramos recientemente. Trabajó incansablemente por la reconciliación de las Iglesias, para hacer realidad la oración de Cristo: «Que todos sean uno» (*Jn* 17,21). Que el ejemplo de san Nerses nos inspire y su oración nos sostenga en el camino hacia la plena comunión.

Al agradecerle a Su Beatitud por la cordial bienvenida, le aseguro mi plena dedicación a la santa causa de la unidad cristiana. Que recibamos este don celestial con corazón abierto, para ser testigos cada vez más convincentes de la verdad del Evangelio y servir mejor a la misión de la única Iglesia de Cristo.

DISCURSO DEL SANTO PADRE

AL TÉRMINO DE LA DIVINA LITURGIA

Iglesia Patriarcal de San Jorge (Estambul)

Domingo, 30 de noviembre de 2025

*Santidad, amado hermano en Cristo,
Beatitudes,
queridos hermanos en el Episcopado,
miembros del Santo Sínodo del Patriarcado Ecuménico,
queridos hermanos y hermanas:*

Nuestra peregrinación, en los lugares donde se celebró el primer Concilio ecuménico de la historia de la Iglesia, concluye con esta solemne Divina Liturgia, en la cual hemos conmemorado al apóstol Andrés que, según la antigua tradición, trajo el Evangelio a esta ciudad. Su fe es la nuestra; la misma que han definido los Concilios ecuménicos y que hoy profesa la Iglesia. Con los Jefes de las Iglesias y los Representantes de las Comunidades Cristianas Mundiales lo hemos recordado durante la oración ecuménica, la fe profesada en el Credo Niceno-Constantinopolitano nos une en una comunión real y nos permite reconocernos como hermanos y hermanas. Ha habido muchos malentendidos e incluso conflictos entre cristianos de distintas Iglesias en el pasado, y aún sigue habiendo obstáculos que nos impiden estar en plena comunión, pero no debemos retroceder en el compromiso por la unidad y no podemos dejar de considerarnos hermanos y hermanas en Cristo y de amarnos como tales.

Inspirados por esta conciencia, hace sesenta años el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras declararon solemnemente que las desafortunadas decisiones y los tristes acontecimientos que llevaron a las recíprocas excomuniones del año 1054 debían ser borrados de la memoria de la Iglesia. Este gesto histórico de nuestros venerados predecesores abrió un

camino de reconciliación, de paz y de creciente comunión entre católicos y ortodoxos, que ha crecido también gracias a los tratos frecuentes, a los encuentros fraternos y a un prometedor diálogo teológico.

A la luz de este camino ya emprendido, muchos han sido los pasos dados también a nivel eclesiológico y canónico y, hoy, estamos llamados a comprometernos más hacia la restauración de la plena comunión. A este propósito, deseo expresar vivo agradecimiento por el continuo apoyo de Su Santidad y del Patriarcado ecuménico al trabajo de la Comisión mixta internacional para el Diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa. Espero que no se ahorren esfuerzos para que todas las Iglesias ortodoxas autocéfalas vuelvan a participar activamente en este compromiso. Por mi parte, deseo confirmar que, en continuidad con lo enseñado por el Concilio Vaticano II y por mis predecesores, buscar la plena comunión entre todos los que están bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el respeto de las legítimas diferencias, es una de las prioridades de la Iglesia católica y, de modo particular, de mi ministerio como Obispo de Roma, cuyo papel específico a nivel de Iglesia universal consiste en estar al servicio de todos para construir y preservar la comunión y la unidad.

Para permanecer fieles a la voluntad del Señor de cuidar no sólo de nuestros hermanos y hermanas en la fe, sino de toda la humanidad y de toda la creación, nuestras Iglesias están llamadas a responder juntas a los llamamientos que el Espíritu Santo les dirige hoy. Ante todo, en este tiempo de sangrientos conflictos y violencia en lugares cercanos y lejanos, católicos y ortodoxos están llamados a ser constructores de paz. Se trata ciertamente de actuar, de tomar decisiones y realizar signos que construyan la paz, sin olvidar que esta paz no es sólo fruto de un esfuerzo humano, sino don de Dios. Por eso, la paz se implora con la oración, con la penitencia, con la contemplación, con esa relación viva con el Señor que nos ayuda a discernir las palabras, los gestos y las acciones que debemos emprender, para que estén verdaderamente al servicio de la paz.

Otro desafío que nuestras Iglesias deben afrontar es la amenazadora crisis ecológica que, como Su Santidad ha recordado a menudo, requiere una conversión espiritual, personal y comunitaria, para cambiar de rumbo y

salvaguardar la creación. Católicos y ortodoxos estamos llamados a colaborar para promover una nueva mentalidad, en la que todos se sientan custodios de la creación que Dios nos ha confiado.

Un tercer desafío común que quisiera mencionar es el uso de las nuevas tecnologías, especialmente en el ámbito de la comunicación. Conscientes de las enormes ventajas que pueden ofrecer a la humanidad, católicos y ortodoxos deben trabajar juntos para promover un uso responsable de ellas, al servicio del desarrollo integral de las personas, y una accesibilidad universal, para que tales beneficios no queden reservados a un pequeño número de personas y a los intereses de unos pocos privilegiados.

Al responder a estos desafíos, confío en que todos los cristianos, los miembros de otras tradiciones religiosas y muchos hombres y mujeres de buena voluntad puedan cooperar en armonía en la búsqueda del bien común.

Santidad, con estos pensamientos en el corazón, dirijo a usted y a los hermanos y hermanas que hoy celebran la fiesta de su santo Patrono mis más fervientes deseos de bien, de salud y serenidad. Deseo agradecer sinceramente la cálida y fraterna acogida que me han brindado durante estos días. Por ello, invocando la intercesión del apóstol Andrés y de su hermano el apóstol Pedro, de san Jorge megalomártir, a quien está dedicada esta Iglesia, de los santos Padres del Primer Concilio de Nicea, de los numerosos santos Pastores de esta antigua y gloriosa Iglesia de Constantinopla, pido a Dios Padre misericordioso que bendiga abundantemente a todos los presentes.

Hrònia Pollà! Ad multos annos!

CONFERENCIA-DE PRENSA DURANTE EL VUELO DE ESTAMBUL A BEIRUT

Vuelo papal

Domingo, 30 de noviembre de 2025

Matteo Bruni

Buenas tardes a todos. Bienvenidos. Hemos completado esta primera parte del viaje y agradecemos al Santo Padre su presencia entre nosotros y esta primera parte del viaje que nos ha dado la oportunidad de seguir junto a él.

¿No sé si Usted desea dirigirnos unas palabras? Luego, hay algunos periodistas que han preparado [preguntas].

Papa León XIV

Buenas tardes a todos. Para empezar, hablaré en inglés, creo que la mayoría de ustedes lo entienden; me siento contento de saludarlos. Espero que todos hayan disfrutado tanto como yo de su estancia en Türkiye; pienso que ha sido una experiencia maravillosa. Como saben, el motivo principal para venir a Türkiye fue el 1700 aniversario del Concilio de Nicea. Tuvimos una celebración magnífica, muy sencilla y, sin embargo, muy profunda, en el lugar donde se encontraba una de las antiguas basílicas de Nicea, para conmemorar el gran acontecimiento del acuerdo de la entera la comunidad cristiana y la profesión de fe, el Credo Niceno-Constantinopolitano.

Además de eso, por supuesto, hubo muchos otros eventos que celebramos. Personalmente, quisiera expresarles a todos ustedes mi gratitud por todo el trabajo que supuso la planificación de la visita, empezando por el nuncio, el personal, todo el equipo de Roma, por supuesto, que se encargó de toda la organización, pero de manera muy especial al Gobierno de Türkiye, al presidente Erdogan y a tantas personas que puso a nuestra disposición para garantizar que el viaje fuera un éxito total, su helicóptero personal, muchos

medios de transporte, la organización, etc., la presencia de los ministros en varios momentos a lo largo de la visita, así que creo que fue un gran éxito.

Me alegró mucho poder tener los varios momentos que pasamos con las diferentes Iglesias, con las diferentes comunidades cristianas, con las Iglesias ortodoxas, que culminaron esta mañana con la Divina Liturgia con el patriarca Bartolomé; fue una celebración maravillosa y espero que todos ustedes hayan compartido esa misma experiencia, así que muchas gracias. No sé si hay alguna pregunta o comentario, solo un par, porque me están esperando para hacer más fotos.

Matteo Bruni

Tenemos una pregunta de Baris Seçkin, un periodista turco de la agencia de noticias Anadolu Ajansi:

Baris Seçkin (Anadolu Ajansi): Muchas gracias. Al inicio de su viaje papal, usted hizo referencia a la paz mundial y regional. En este sentido, ¿qué opina sobre el papel de Türkiye en el logro y mantenimiento de la paz mundial y regional, y cuáles fueron sus conversaciones con el presidente Erdogan sobre este tema? Gracias.

Papa León XIV

El viaje a Türkiye y, por supuesto, ahora al Líbano, tiene un tema especial, ser mensajero de paz, promover la paz en toda la región. Türkiye tiene una serie de cualidades para ello porque aun siendo un país en el que la gran mayoría de la población es musulmana están presentes, sin embargo, numerosas comunidades cristianas, aunque sean una minoría; esto nos dice que personas de diferentes religiones pueden convivir en paz. Y ese es un ejemplo, diría yo, de lo que todos buscamos en el mundo.

A pesar de las diferencias religiosas, a pesar de las diferencias étnicas, a pesar de muchas otras diferencias, las personas de verdad pueden vivir en paz. Por supuesto, Türkiye misma ha tenido a lo largo de su historia varios momentos en los que no siempre ha sido así, pero haber vivido esa experiencia y podido hablar también con el presidente Erdogan sobre la paz creo que ha sido un elemento importante, un elemento valioso de mi visita.

Matteo Bruni

Gracias Baris, gracias Santidad. La otra pregunta es de Seyda Canepa, de la televisión turca:

Seyda Canepa

Santidad, con el presidente Erdogan, más allá de las declaraciones oficiales, ¿ha hablado de la situación en Gaza dado que el Vaticano y Turquía tienen la misma visión sobre la solución de dos pueblos, dos Estados? Y, luego, sobre Ucrania, el Vaticano ha subrayado más de una vez el papel de Türkiye, comenzando con la apertura del corredor del trigo al inicio del conflicto. Entonces, ¿ve esperanzas para una tregua en Ucrania y para un proceso de paz más rápido en Gaza en este momento? Muchas gracias.

Papa León XIV

¡Gracias! Por supuesto que hemos hablado de ambas situaciones. La Santa Sede lleva varios años apoyando públicamente la propuesta de una solución de dos Estados. Todos sabemos que, por el momento, Israel aún no acepta esta solución, pero la consideramos la única que podría ofrecer —digamos—, una solución al conflicto que viven continuamente. Nosotros también somos amigos de Israel y tratamos de ser una voz mediadora para ambas partes que pueda ayudar a acercarnos a una solución justa para todos. Hemos hablado de esto con el presidente Erdogan, quien está de acuerdo, por supuesto, con esta propuesta. Türkiye tiene un papel importante que podría desempeñar en esto.

Lo mismo ocurre con Ucrania. Hace unos meses, con la posibilidad de un diálogo entre las partes ucraniana y rusa, el presidente ha ayudado mucho a convocar a las dos partes. Lamentablemente, aún no hemos visto una solución, pero hoy vuelven a haber propuestas concretas para la paz. Esperamos que el presidente Erdogan, gracias a su relación con los presidentes de Ucrania, Rusia y Estados Unidos, pueda ayudar en este sentido a promover el diálogo, el alto el fuego y a encontrar una solución a este conflicto, a esta guerra en Ucrania. Gracias.

Me despido de todos. ¡Buen viaje! Me sugiere [Matteo Bruni] que diga algunas palabras sobre la importante reunión ecuménica en Nicea. Ayer por la mañana hablamos de posibles futuros encuentros. Uno sería para el año 2033, dos mil años de la Redención, de la Resurrección de Jesucristo que,

sin duda, es un acontecimiento que todos los cristianos queremos celebrar. La idea ha sido aceptada, pero la invitación todavía no la hemos hecho; la posibilidad sería la de celebrar este gran acontecimiento de la Resurrección, por ejemplo, en Jerusalén, en 2033., Tenemos todavía varios años para prepararlo. Puedo decir que fue una reunión muy hermosa, porque cristianos de diferentes tradiciones estuvieron presentes y pudieron participar en ella.

¡Muchas gracias! Gracias a todos.

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMATICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Beirut

Domingo, 30 de noviembre de 2025

*Señor Presidente de la República,
distinguidas autoridades civiles y religiosas,
miembros del Cuerpo Diplomático,
señoras y señores:*

¡Bienaventurados los que trabajan por la paz!

Es una gran alegría encontrarme con ustedes y visitar esta tierra en la que “paz” es mucho más que una palabra. Aquí la paz es un deseo y una vocación, es un don y una obra en constante construcción. Ustedes están investidos de autoridad en este país, cada uno en su ámbito y con funciones específicas. A la luz de esta autoridad, deseo dirigirles las palabras de Jesús, elegidas como inspiración fundamental de mi viaje: «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Ciertamente, hay millones de libaneses, aquí y en todo el mundo, que sirven a la paz silenciosamente, día tras día. A ustedes, sin embargo, que tienen importantes tareas institucionales dentro de este pueblo, les espera una bienaventuranza especial si pueden decir que han antepuesto el objetivo de la paz a todo lo demás. Deseo, en este encuentro, reflexionar un poco con ustedes sobre lo que significa ser artífices de la paz en circunstancias muy complejas, conflictivas e inciertas.

Además de las maravillas de la naturaleza y de las riquezas culturales del Líbano, ya elogiadas por todos mis predecesores que han visitado su país, resplandece una cualidad que distingue a los libaneses: ustedes son un pueblo que no se rinde, sino que, ante las pruebas, siempre sabe renacer con

valentía. Su resiliencia es una característica imprescindible de los auténticos constructores de paz: la obra de la paz, en efecto, es un continuo recomenzar. El compromiso y el amor por la paz no conocen el miedo ante las aparentes derrotas, no se dejan doblegar por las decepciones, sino que saben ver más allá, acogiendo y abrazando con esperanza todas las realidades. Se necesita tenacidad para construir la paz; se necesita perseverancia para engendrar vida y custodiarla.

Interroguen su historia. Pregúntense de dónde viene la gran fortaleza que nunca ha dejado a su pueblo abatido, sin esperanza. Ustedes son un país variado, una comunidad de comunidades, pero unidas por una lengua común. No me refiero sólo al árabe levantino que ustedes hablan y a través del cual su gran pasado ha diseminado perlas de inestimable valor; me refiero sobre todo a la lengua de la esperanza, aquella que siempre les ha permitido volver a empezar. A nuestro alrededor, en casi todo el mundo, parece haber vencido una especie de pesimismo y un sentimiento de impotencia; las personas parecen no ser capaces ni siquiera de preguntarse qué pueden hacer para cambiar el curso de la historia. Las grandes decisiones parecen tomarlas unos pocos y, a menudo, en detrimento del bien común, lo que parece un destino ineludible. Ustedes han sufrido mucho las consecuencias de una economía que mata (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 53), de la inestabilidad global que también en el Levante tiene repercusiones devastadoras, de la radicalización de las identidades y de los conflictos, pero siempre han querido y sabido volver a empezar.

El Líbano puede enorgullecerse de una sociedad civil dinámica, bien formada, rica en jóvenes capaces de expresar los sueños y las esperanzas de todo un país. Por eso los animo a que nunca se separen de su gente y a que se pongan al servicio de su pueblo —tan rico en su variedad— con compromiso y dedicación. Que puedan hablar una sola lengua: la lengua de la esperanza que hace converger a todos en un constante comenzar de nuevo. El deseo de vivir y crecer juntos, como pueblo, haga de cada grupo la voz de una polifonía. Que les ayude también el profundo vínculo de afecto que une a su país a tantos libaneses dispersos por el mundo. Ellos aman su origen, rezan por el pueblo del que se sienten parte y lo apoyan con las múltiples experiencias y competencias que los hacen tan apreciados en todos los lugares.

Llegamos así a una segunda característica de los constructores de paz: no sólo saben recomenzar, sino que ante todo lo hacen a través del arduo camino de la reconciliación. De hecho, hay heridas personales y colectivas que requieren largos años, a veces generaciones enteras, para poder sanar. Si no se curan, si no se trabaja, por ejemplo, en la sanación de la memoria, en un acercamiento entre quienes han sufrido agravios e injusticias, es difícil avanzar hacia la paz. Se permanece estancado, prisionero cada uno de su dolor y de sus razones. La verdad, en cambio, sólo puede ser honrada mediante el encuentro. Cada uno de nosotros ve una parte de la verdad, conoce un aspecto de ella, pero no puede renunciar a lo que sólo el otro sabe, a lo que sólo el otro ve. La verdad y la reconciliación siempre crecen juntas y sólo juntas: tanto en una familia como entre las diferentes comunidades y las diversas almas de un país, o entre las naciones.

Al mismo tiempo, no hay reconciliación duradera sin un objetivo común, sin una apertura hacia un futuro en el que el bien prevalezca sobre el mal sufrido o infligido en el pasado o en el presente. Por lo tanto, una cultura de la reconciliación no sólo nace desde abajo, de la disponibilidad y la valentía de algunos, sino que necesita autoridades e instituciones que reconozcan el bien común por encima del bien parcial. El bien común es más que la suma de muchos intereses: acerca lo más posible los objetivos de cada uno y los mueve en una dirección en la que todos tendrán más que si avanzaran por separado. La paz es, de hecho, mucho más que un equilibrio, siempre precario, entre quienes viven separados bajo el mismo techo. La paz es saber convivir, en comunión, como personas reconciliadas. Una reconciliación que, además de hacernos convivir, nos enseñará a trabajar juntos, codo con codo, por un futuro compartido. Es entonces que la paz se convierte en esa abundancia que nos sorprende cuando nuestro horizonte se amplía más allá de cualquier valla y barrera. A veces se piensa que, antes de dar cualquier paso, es necesario aclararlo todo, resolverlo todo, pero es el diálogo mutuo, incluso en las incomprensiones, el camino que conduce a la reconciliación. La verdad más grande de todas es que estemos juntos insertados en un proyecto que Dios ha preparado para que seamos una familia.

Por último, me gustaría esbozar una tercera característica de los constructores de paz. Se atreven a quedarse, incluso cuando ello supone un

sacrificio. Hay momentos en los que es más fácil huir o, simplemente, resulta más conveniente irse a otro lugar. Se necesita mucho valor y visión de futuro para quedarse o volver al propio país, considerando dignas de amor y dedicación incluso condiciones bastante difíciles. Sabemos que la incertidumbre, la violencia, la pobreza y muchas otras amenazas producen aquí, como en otros lugares del mundo, una hemorragia de jóvenes y familias que buscan un futuro en otros lugares, a pesar del gran dolor que representa dejar su patria. Sin duda, hay que reconocer que muchos de los libaneses dispersos por el mundo aportan cosas muy positivas a todos ustedes. Sin embargo, no debemos olvidar que permanecer en la patria y colaborar día a día al desarrollo de la civilización del amor y de la paz sigue siendo algo muy loable.

La Iglesia, de hecho, no sólo se preocupa por la dignidad de quienes se trasladan a países distintos del suyo, sino que desea que nadie se vea obligado a partir y que quien lo desee pueda regresar en condiciones de seguridad. La movilidad humana, de hecho, representa una inmensa oportunidad de encuentro y enriquecimiento mutuo, pero no borra el vínculo especial que une a cada uno con determinados lugares, a los que debe su identidad de una manera totalmente peculiar. Y la paz siempre crece en un contexto vital concreto, hecho de vínculos geográficos, históricos y espirituales. Es necesario alentar a quienes los favorecen y se nutren de ellos, sin ceder al localismo y al nacionalismo. En la encíclica *Fratelli tutti*, el Papa Francisco indicaba este camino: «Hay que mirar lo global, que nos rescata de la mezquindad casera. Cuando la casa ya no es hogar, sino que es encierro, calabozo, lo global nos va rescatando porque es como la causa final que nos atrae hacia la plenitud. Simultáneamente, hay que asumir con cordialidad lo local, porque tiene algo que lo global no posee: ser levadura, enriquecer, poner en marcha mecanismos de subsidiaridad. Por lo tanto, la fraternidad universal y la amistad social dentro de cada sociedad son dos polos inseparables y coesenciales» (n. 142).

Este es un reto no sólo para el Líbano, sino para todo el Levante: ¿qué hacer para que sobre todo los jóvenes no se sientan obligados a abandonar su tierra y emigrar? ¿Cómo motivarlos a no buscar la paz en otros lugares, sino a encontrar garantías y convertirse en protagonistas de la misma en su tierra

natal? En este sentido, cristianos y musulmanes, junto con todos los sectores religiosos y civiles de la sociedad libanesa, están llamados a hacer su propia aportación y a asumir el compromiso de sensibilizar a la comunidad internacional al respecto.

En este contexto, me gustaría subrayar el papel imprescindible de las mujeres en el arduo y paciente compromiso de custodiar y construir la paz. No olvidemos que las mujeres tienen una capacidad específica para trabajar por la paz, porque saben custodiar y desarrollar vínculos profundos con la vida, con las personas y con los lugares. Su participación en la vida social y política, así como en la de sus propias comunidades religiosas, al igual que la fuerza que proviene de los jóvenes, representa en todo el mundo un factor de verdadera renovación. Bienaventuradas, pues, las mujeres que trabajan por la paz y bienaventurados los jóvenes que permanecen o regresan, para que el Líbano siga siendo una tierra llena de vida.

Concluyo inspirándome en otra característica preciosa de su tradición milenaria. Son un pueblo que ama la música, la cual, en los días de fiesta, se convierte en danza, lenguaje de alegría y comunión. Este rasgo de su cultura nos ayuda a comprender que la paz no es sólo el resultado de un compromiso humano, por necesario que sea: la paz es un don que viene de Dios y que, ante todo, habita en nuestro corazón. Es como un movimiento interior que se derrama hacia el exterior, permitiendo que nos dejemos guiar por una melodía más grande que nosotros mismos, la del amor divino. Quien baila avanza con ligereza, sin pisar la tierra, armonizando sus pasos con los de los demás. Así es la paz: un camino movido por el Espíritu, que dispone al corazón a escuchar y lo hace más atento y respetuoso hacia el otro. Que crezca entre ustedes este deseo de paz que nace de Dios y que ya hoy puede transformar la manera de mirar a los demás y de habitar juntos esta tierra, tierra que Él ama profundamente y sigue bendiciendo.

Señor Presidente, distinguidas autoridades, les agradezco nuevamente por la hospitalidad que me están brindando. Estén seguros de mi oración y de la de toda la Iglesia por su delicado servicio al bien común.

VISITA Y ORACIÓN EN LA TUMBA DE SAN CHARBEL MAKLŪF

SALUDO DEL SANTO PADRE

Monasterio de San Maroun (Annaya)

Lunes, 1 de diciembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Agradezco al Superior General sus palabras y su hospitalidad en este hermoso Monasterio de Annaya. La naturaleza que rodea esta casa de oración nos atrae también con su austera belleza.

Doy gracias a Dios por haberme concedido venir como peregrino a la tumba de san Chárbel. Mis predecesores —especialmente san Pablo VI, que lo beatificó y canonizó— lo habrían deseado mucho.

Queridos hermanos, ¿qué nos enseña hoy san Chárbel? ¿Cuál es el legado de este hombre que no escribió nada, que vivió oculto y silente, pero cuya fama se extendió por todo el mundo?

Me gustaría resumirlo así: el Espíritu Santo lo moldeó para que enseñara la oración a quienes viven sin Dios, el silencio a quienes habitan en medio del bullicio, la modestia a quienes viven para aparentar y la pobreza a quienes buscan las riquezas. Son todos comportamientos a contracorriente, pero precisamente por eso nos atraen, como el agua fresca y pura atrae a quien camina por el desierto.

En particular, a nosotros, obispos y ministros ordenados, san Chárbel nos recuerda las exigencias evangélicas de nuestra vocación. Sin embargo, su coherencia, tan radical como humilde, es un mensaje para todos los cristianos.

Y luego, hay otro aspecto que es decisivo: nunca dejó de interceder por nosotros ante el Padre celestial, fuente de todo bien y de toda gracia. Ya desde su vida terrena, muchos acudían a él para recibir del Señor consuelo, perdón y consejo. Tras su muerte, todo esto se multiplicó y se ha convertido en un río de misericordia. También por eso, cada 22 del mes, miles de peregrinos acuden hasta aquí desde diferentes países para pasar un día de oración y descanso del alma y del cuerpo.

Hermanas y hermanos, hoy queremos confiar a la intercesión de san Chárbel las necesidades de la Iglesia, del Líbano y del mundo. Para la Iglesia pedimos comunión, unidad; empezando por las familias, pequeñas iglesias domésticas, y luego en las comunidades parroquiales y diocesanas; y también para la Iglesia universal. Comunión, unidad. Y para el mundo pedimos paz. Especialmente la imploramos para el Líbano y para todo Oriente Próximo. Pero sabemos bien —y los santos nos lo recuerdan— que no hay paz sin conversión de los corazones. Por eso, que san Chárbel nos ayude a orientarnos hacia Dios y a pedir el don de la conversión para todos nosotros.

Queridos hermanos, como símbolo de la luz que Dios ha encendido aquí por medio de san Chárbel, he traído como regalo una lámpara. Al ofrecerla, encomiendo a la protección de san Chárbel al Líbano y a su pueblo, para que caminen siempre en la luz de Cristo. Gracias a Dios por el don de san Chárbel. Gracias a ustedes que conservan su memoria. ¡Caminen en la luz del Señor!

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, SACERDOTES, CONSAGRADOS, CONSAGRADAS Y LOS OPERADORES PASTORALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Santuario de Nuestra Señora del Líbano (Harissa)

Lunes, 1 de diciembre de 2025

*Queridos hermanos en el episcopado,
sacerdotes, religiosos y religiosas,
hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Con gran alegría me encuentro con ustedes durante este viaje, cuyo lema es «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). La Iglesia en Líbano, unida en sus múltiples rostros, es un ícono de estas palabras, como afirmaba san Juan Pablo II, tan afectuoso con su pueblo: «En el Líbano de hoy —decía— ustedes son responsables de la esperanza» (*Mensaje a los ciudadanos del Líbano*, 1 mayo 1984); y añadía: «Creen, allí donde viven y trabajan, un clima fraterno. Sin ingenuidad, sepan confiar en los demás y sean creativos para que triunfe la fuerza regeneradora del perdón y de la misericordia» (*ibíd.*).

Los testimonios que hemos escuchado —gracias a cada uno de ustedes— nos dicen que estas palabras no han sido vanas, sino que han encontrado escucha y respuesta, porque aquí se sigue construyendo la comunión en la caridad.

En las palabras del Patriarca, a quien agradezco de corazón, podemos captar la raíz de esta tenacidad, simbolizada por la gruta silenciosa en la que san Chárbel rezaba ante la imagen de la Madre de Dios, y por la presencia de este Santuario de Harissa, signo de unidad para todo el pueblo libanés. Permaneciendo con María junto a la cruz de Jesús (cf. *Jn* 19,25), nuestra

oración —puente invisible que une los corazones— nos da la fuerza para seguir esperando y trabajando, incluso cuando a nuestro alrededor retumba el ruido de las armas y las exigencias propias de la vida cotidiana se convierten en un desafío.

Uno de los símbolos que figuran en el “logotipo” de este viaje es el ancla. El Papa Francisco la evocaba a menudo en sus discursos como signo de la fe, que permite ir siempre más allá, incluso en los momentos más oscuros, hasta el cielo. Decía: «Nuestra fe es el ancla en el cielo. Tenemos nuestra vida anclada en el cielo. ¿Qué debemos hacer? Agarrar la cuerda [...]. Y vamos adelante porque estamos seguros que nuestra vida tiene como un ancla en el cielo, en esa orilla a la que llegaremos» (*Catequesis*, 26 abril 2017). Si queremos construir la paz, anclémonos al cielo y, firmemente dirigidos hacia allí, amemos sin miedo a perder lo efímero y demos sin medida.

De estas raíces, fuertes y profundas como las de los cedros, crece el amor y, con la ayuda de Dios, cobran vida obras concretas y duraderas de solidaridad.

El padre Youhanna nos ha hablado de Debbabiyé, el pequeño pueblo en el que ejerce su ministerio. Allí, a pesar de la extrema necesidad y bajo la amenaza de los bombardeos, cristianos y musulmanes, libaneses y refugiados del otro lado de la frontera, conviven pacíficamente y se ayudan mutuamente. Detengámonos en la imagen que él mismo sugirió, la de la moneda siria encontrada en la bolsa de limosnas junto con las libanesas. Es un detalle importante: nos recuerda que en la caridad cada uno de nosotros tiene algo que dar y que recibir, y que el donarnos mutuamente nos enriquece a todos y nos acerca a Dios. El Papa Benedicto XVI, durante su viaje a este país, hablando del poder unificador del amor incluso en los momentos de prueba, dijo: «Ahora es precisamente cuando hay que celebrar la victoria del amor sobre el odio, del perdón sobre la venganza, del servicio sobre el dominio, de la humildad sobre el orgullo, de la unidad sobre la división. [...] Saber convertir nuestro sufrimiento en grito de amor a Dios y de misericordia para con el prójimo» (*Discurso durante la visita a la Basílica de San Pablo en Harissa*, 14 septiembre 2012).

Es el único modo para no sentirnos aplastados por la injusticia y la opresión, incluso cuando, como hemos oído, nos traicionan personas y organizaciones que especulan sin escrúpulos con la desesperación de quien no tiene alternativas. Sólo así podremos volver a esperar en el mañana, a pesar de la dureza de un presente difícil de afrontar. A este respecto, pienso en la responsabilidad que todos tenemos hacia los jóvenes. Es importante favorecer su presencia, también en las estructuras eclesiales, apreciando su aportación de novedad y dándoles espacio. Y es necesario, incluso entre los escombros de un mundo con dolorosos fracasos, ofrecerles perspectivas concretas y viables de renacimiento y crecimiento para el futuro.

Loren nos ha hablado de su compromiso con la ayuda a los migrantes. Ella misma migrante, desde hace tiempo comprometida con el apoyo a quienes, no por elección sino por necesidad, han tenido que dejarlo todo para buscar, lejos de casa, un futuro posible. La historia de James y Lela, que ella nos ha contado, nos conmueve profundamente y muestra el horror que la guerra produce en la vida de tantas personas inocentes. El Papa Francisco nos ha recordado en varias ocasiones, en sus discursos y escritos, que ante dramas semejantes no podemos permanecer indiferentes, y que su dolor nos concierne y nos interpela (cf. *Homilía en la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*, 29 septiembre 2019). Por un lado, su valentía nos habla de la luz de Dios que, como dijo Loren, brilla incluso en los momentos más oscuros. Por otro lado, lo que han vivido nos obliga a comprometernos para que nadie tenga que huir de su país debido a conflictos absurdos y despiadados, y para que quien llama a la puerta de nuestras comunidades nunca se sienta rechazado, sino acogido con las palabras que la propia Loren citó: “¡Bienvenido a casa!”.

De esto nos habla también el testimonio de la hermana Dima, que ante el estallido de la violencia decidió no abandonar el campo, sino mantener la escuela abierta, convirtiéndola en un lugar de acogida para los refugiados y en un centro educativo de extraordinaria eficacia. En esas aulas, además de ofrecer asistencia y ayuda material, se aprende y se enseña a compartir “el pan, el miedo y la esperanza”, a amar en medio del odio, a servir incluso en el cansancio y a creer en un futuro diferente más allá de toda expectativa. La Iglesia en Líbano siempre ha prestado mucha atención a la educación. Los animo a todos a continuar con esta loable labor, asistiendo sobre todo a

quien pasa necesidad y a quien carece de medios, a quienes se encuentran en situaciones extremas, con decisiones guiadas por la caridad más generosa, para que la formación de la mente vaya siempre unida a la educación del corazón. Recordemos que nuestra primera escuela es la cruz y que nuestro único Maestro es Cristo (cf. *Mt* 23,10).

El padre Chárbel, al respecto, hablando de su experiencia de apostolado en las cárceles, dijo que precisamente allí, donde el mundo ve sólo muros y crímenes, en los ojos de los reclusos —a veces perdidos, a veces iluminados por una nueva esperanza— vemos la ternura del Padre que nunca se cansa de perdonar. Y es así: vemos el rostro de Jesús reflejado en el rostro de los que sufren y de los que cuidan las heridas que la vida ha causado. Dentro de poco realizaremos el gesto simbólico de entregar la *Rosa de Oro* a este Santuario. Es un gesto antiguo que, entre otros significados, tiene el de exhortarnos a ser perfume de Cristo con nuestra vida (cf. *2 Co* 2,14). Ante esta imagen, me viene a la mente el perfume que emana de las mesas libanesas, típicas por la variedad de alimentos que ofrecen y por la fuerte dimensión comunitaria de compartirlos. Es un perfume compuesto por miles de aromas, que sorprenden por su diversidad y, a veces, por su conjunto. Así es el perfume de Cristo. No es un producto costoso reservado a unos pocos que pueden permitírselo, sino el aroma que se desprende de una mesa generosa en la que hay muchos platos diferentes y de la que todos pueden servirse juntos. Que este sea el espíritu del rito que nos disponemos a celebrar y, sobre todo, el espíritu con el que cada día nos esforzamos por vivir unidos en el amor.

ENCUENTRO ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Plaza de los Mártires (Beirut)

Lunes, 1 de diciembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Me siento profundamente conmovido e inmensamente agradecido de estar hoy entre ustedes, en esta tierra bendita, una tierra exaltada por los profetas del Antiguo Testamento, que en sus imponentes cedros vieron emblemas del alma justa que florece bajo la mirada vigilante del cielo; una tierra donde el eco del *Logos* nunca ha enmudecido, sino que continúa llamando, de siglo en siglo, a aquellos que desean abrir sus corazones al Dios vivo.

En su Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Medio Oriente*, firmada aquí en Beirut en 2012, el Papa Benedicto XVI enfatizó que «la vocación universal de la Iglesia exige que esté en diálogo con los miembros de otras religiones. En Oriente Medio, este diálogo se funda en los lazos espirituales e históricos que unen los cristianos a judíos y musulmanes. Este diálogo, que no obedece principalmente a consideraciones pragmáticas de orden político o social, se basa ante todo en los fundamentos teológicos que interpelan la fe» (n. 19). Queridos amigos, su presencia hoy aquí —en este lugar excepcional, en donde se yerguen uno junto al otro minaretes y campanarios de iglesias, ambos elevándose hacia el cielo— da testimonio de la fe inquebrantable de esta tierra y de la firme devoción de su pueblo al único Dios. Que en esta amada tierra, cada repique de campana, cada *adhān*, cada llamada a la oración se armonice en un único y grandioso himno, no sólo para glorificar al misericordioso Creador del cielo y de la tierra, sino también para elevar una sincera oración por el don divino de la paz.

Durante muchos años, y especialmente en los últimos tiempos, el mundo ha fijado su mirada en Oriente Medio, cuna de las religiones abrahámicas, observando el arduo camino y la incesante búsqueda del preciado don de la paz. A veces, la humanidad mira al Oriente Medio con inquietud y desaliento, ante conflictos tan complejos y prolongados. Sin embargo, en medio de estas luchas, se puede encontrar esperanza y aliento cuando nos centramos en lo que nos une: nuestra humanidad común y nuestra creencia en un Dios de amor y misericordia. En una época en la que la coexistencia puede parecer un sueño lejano, el pueblo libanés, aun abrazando diferentes religiones, se erige como un poderoso recordatorio de que el miedo, la desconfianza y los prejuicios no tienen la última palabra, y que la unidad, la reconciliación y la paz son posibles. Es una misión de esta amada tierra que se mantiene inalterada a lo largo de la historia: dar testimonio de la verdad imperecedera de que cristianos, musulmanes, drusos y muchos otros pueden vivir juntos y construir un país unido por el respeto y el diálogo.

Hace sesenta años, el Concilio Vaticano II, con la promulgación de la Declaración *Nostra aetate*, abrió un nuevo horizonte para el encuentro y el respeto mutuo entre católicos y personas de diferentes religiones, enfatizando que el verdadero diálogo y la colaboración están enraizados en el amor, único fundamento para la paz, la justicia y la reconciliación. Este diálogo, inspirado por el amor divino, debe abrazar a todas las personas de buena voluntad, rechazar los prejuicios, la discriminación y la persecución, y afirmar la igual dignidad de todo ser humano.

Aunque el ministerio público de Jesús se desarrolló principalmente en Galilea y Judea, los Evangelios relatan también episodios en los que visitó la región de la Decápolis, y más notablemente los alrededores de Tiro y Sidón, donde se encontró con la mujer sirofenicia, cuya fe inquebrantable lo impulsó a sanar a su hija (cf. *Mc* 7,24-30). Aquí, la tierra misma se convierte en algo más que un simple lugar de encuentro entre Jesús y una madre suplicante; se convierte en un sitio donde la humildad, la confianza y la perseverancia superan todas las barreras y se encuentran con el amor infinito de Dios que abraza cada corazón humano. De hecho, este es «el núcleo mismo del diálogo interreligioso: el descubrimiento de la presencia de Dios más allá de todas las fronteras y la invitación a buscarlo juntos con reverencia y humildad».^[2]

Si es verdad que el Líbano es famoso por sus majestuosos cedros, es también cierto que el olivo es una piedra angular de su patrimonio. El olivo no sólo adorna este espacio donde nos reunimos hoy, sino que también es venerado en los textos sagrados del cristianismo, el judaísmo y el islam, sirviendo como símbolo atemporal de reconciliación y paz. Su longevidad y su notable capacidad para florecer incluso en los entornos más hostiles, simbolizan la resistencia y la esperanza, reflejando el firme compromiso necesario para fomentar la coexistencia pacífica. De este árbol fluye aceite que sana, un bálsamo para las heridas físicas y espirituales, manifestando la infinita compasión de Dios por todos los que sufren. Su aceite también proporciona luz, recordándonos la llamada a iluminar nuestros corazones mediante la fe, la caridad y la humildad.

Así como las raíces de los cedros y los olivos se hunden profundamente y se extienden por toda la tierra, así también el pueblo libanés se encuentra disperso por el mundo, pero unido por la fuerza perdurable y la herencia eterna de su patria. Su presencia, aquí y en toda la tierra, enriquece el mundo con su herencia milenaria, pero también representa una vocación. En un mundo cada vez más interconectado, ustedes están llamados a ser constructores de paz: a enfrentarse a la intolerancia, a superar la violencia y a desterrar la exclusión; iluminando el camino hacia la justicia y la concordia para todos, a través del testimonio de su fe.

Queridos hermanos y hermanas, el 25 de marzo de cada año, que es celebrado como fiesta nacional en su país, ustedes se reúnen para venerar a María, Nuestra Señora del Líbano, honrada en su Santuario de Harissa, adornado con una impresionante estatua de la Virgen con los brazos abiertos, abrazando a todo el pueblo libanés.

Que este abrazo amoroso y maternal de la Virgen María, Madre de Jesús y Reina de la Paz, guíe a cada uno de ustedes, para que en su patria, en todo Oriente Medio y en el mundo entero, el don de la reconciliación y la convivencia pacífica brote como «manantial de agua viva, que fluye desde el Líbano» (cf. Ct 4,15), y puedan llevar esperanza y unidad a todos. *Shukran!*

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Explanada frente al Patriarcado de Antioquía de los maronitas (Bkerké)

Lunes, 1 de diciembre de 2025

Assalamu lakum! [¡la paz esté con ustedes!]

Queridos jóvenes del Líbano, ¡la paz esté con ustedes! “*Assalamu lakum!*”

Este es el saludo de Jesús resucitado (cf. *Jn* 20,19) y sostiene la alegría de nuestro encuentro. El entusiasmo que sentimos en el corazón expresa la amorosa cercanía de Dios, que nos reúne como hermanos y hermanas para compartir la fe en Él y la comunión entre nosotros.

Agradezco a todos ustedes por la calidez con la que me han recibido, así como a Su Beatitud por las cordiales palabras de bienvenida. En modo particular saludo a los jóvenes provenientes de Siria e Irak, y a los libaneses que han vuelto a su patria desde varios países. Estamos todos reunidos aquí para escucharnos mutuamente, yo el primero, pidiendo al Señor que inspire nuestras decisiones futuras. En este sentido, los testimonios que Anthony y Maria, Elie y Joelle han compartido con nosotros realmente nos abren la mente y el corazón.

Sus relatos hablan de valentía en el sufrimiento. Hablan de esperanza en la desilusión, de paz interior en medio de la guerra. Son como estrellas luminosas en una noche oscura, en la cual ya vislumbramos el resplandor del alba. En todos estos contrastes, muchos de los aquí presentes pueden reconocer sus propias experiencias, tanto en el bien como en el mal. La historia del Líbano está tejida de páginas gloriosas, pero también marcada por heridas profundas que tardan en cicatrizar. Estas heridas tienen causas que sobrepasan las fronteras nacionales y se entrelazan con dinámicas sociales y políticas muy complejas. Queridos jóvenes, quizá lamenten haber

heredado un mundo desgarrado por guerras y desfigurado por injusticias sociales. Y, sin embargo, hay esperanza, y en ustedes reside una esperanza, un don, que a nosotros adultos parece escapársenos muchas veces. Ustedes tienen Esperanza. Ustedes tienen tiempo. Tienen más tiempo para soñar, organizar y realizar el bien. ¡Ustedes son el presente y en sus manos ya se está construyendo el futuro! Y tienen el entusiasmo para cambiar el curso de la historia. La verdadera resistencia al mal no es el mal, sino el amor, capaz de curar las propias heridas mientras sana las de los demás.

La dedicación de Anthony y María por quienes estaban en necesidad, la perseverancia de Elie y la generosidad de Joelle son profecías de un futuro nuevo, que debe anunciarse mediante la reconciliación y la ayuda recíproca. Así se cumple la palabra de Jesús: “Bienaventurados los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia” “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (cf. *Mt* 5,4.9). Queridos jóvenes, ¡vivan a la luz del Evangelio y serán bienaventurados a los ojos del Señor!

Su patria, el Líbano, florecerá hermosa y vigorosa como el cedro, símbolo de la unidad y fecundidad del pueblo. Ustedes saben bien que la fuerza del cedro está en las raíces, que normalmente tienen la misma extensión que las ramas. El número y la fuerza de las ramas corresponde al número y la fuerza de las raíces. Así también, el gran bien que hoy vemos en la sociedad libanesa es el resultado del trabajo humilde, oculto y honesto de tantos hacedores del bien, de tantas raíces buenas que no quieren hacer crecer sólo una rama del cedro libanés, sino todo el árbol, en toda su belleza. Recurran a las raíces buenas del compromiso de quienes sirven a la sociedad y no se sirven de ella para interés propio. Con un compromiso generoso por la justicia, proyecten juntos un futuro de paz y desarrollo. ¡Sean la savia de esperanza que el país espera!

A propósito, sus preguntas permiten trazar un camino ciertamente exigente, pero por eso mismo apasionante.

Me han preguntado dónde encontrar el punto firme para perseverar en el compromiso por la paz. Queridos amigos, ese punto firme no puede ser una idea, un contrato o un principio moral. El verdadero principio de vida nueva es la esperanza que viene de lo alto: ¡es Cristo! Jesús murió y resucitó para la salvación de todos. Él, el que vive, es el fundamento de nuestra

confianza; Él es el testigo de la misericordia que redime al mundo de todo mal. Como recuerda san Agustín, haciendo eco al apóstol Pablo: «de Él tenemos paz [...] y nuestra paz es Él en persona» (*Comentario al Evangelio de Juan*, LXXVII, 3). La paz no es auténtica si es sólo fruto de intereses particulares; es verdaderamente sincera cuando yo hago al otro lo que quisiera que el otro hiciera conmigo (cf. *Mt* 7,12). Con profundo discernimiento, san Juan Pablo II decía que «no hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón» (*Mensaje para la XXXV Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2002). Y es así. Del perdón proviene la justicia, que es fundamento de la paz.

Su segunda pregunta puede encontrar respuesta en esta misma dinámica. Es verdad. Vivimos tiempos en los que las relaciones personales parecen frágiles y se consumen como si fueran objetos. Incluso entre los más jóvenes, a veces, a la confianza en el prójimo se contraponen el interés individual; a la dedicación hacia el otro se prefiere el propio beneficio. Estas actitudes vuelven superficiales incluso palabras bellísimas como “amistad” y “amor”, que a menudo se confunden con un sentido de satisfacción egoísta. Si en el centro de una relación de amistad o de amor está nuestro yo, esa relación no puede ser fecunda. Del mismo modo, no se ama de verdad si se ama con fecha de caducidad, mientras dura un sentimiento. Un amor con vencimiento es un amor mediocre. Al contrario, la amistad es verdadera cuando dice “tú” antes que “yo”. Esta mirada respetuosa y acogedora hacia el otro nos permite construir un “nosotros” más grande, abierto a toda la sociedad, a toda la humanidad. Y el amor es auténtico y puede durar para siempre sólo cuando refleja el esplendor eterno de Dios, de Dios que es amor (cf. *1 Jn* 4,8). Las relaciones sólidas y fecundas se construyen juntos, sobre la confianza recíproca, sobre ese “para siempre” que palpita en toda vocación a la vida familiar y a la consagración religiosa.

Queridos amigos, ¿qué es lo que expresa la presencia de Dios en el mundo más que cualquier otra cosa? El amor, la caridad. La caridad habla un lenguaje universal porque habla al corazón de cada uno. No es un ideal, sino una historia revelada en la vida de Jesús y de los santos, que son nuestros compañeros en las pruebas de la vida. Miren en particular a tantos jóvenes que, como ustedes, no se dejaron desanimar por las injusticias y por

los contraejemplos recibidos, incluso en la Iglesia, sino que intentaron trazar caminos nuevos en busca del Reino de Dios y de su justicia. Con la fuerza que reciben de Cristo, ¡construyan un mundo que sea mejor que el que han encontrado! Ustedes, jóvenes, son más directos en tejer relaciones con los demás, incluso diferentes por su entorno cultural o religioso. La verdadera renovación, que un corazón joven desea, comienza con gestos cotidianos: recibiendo al que está cerca y al que viene de lejos, tendiendo la mano al amigo y al refugiado, a través del difícil pero necesario perdón al enemigo.

Miremos los muchos ejemplos maravillosos que nos han dejado los santos. Pensemos en Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, dos jóvenes que han sido canonizados en este año santo del Jubileo. Miremos a los numerosos santos libaneses. ¡Qué belleza singular se manifiesta en la vida de santa Rafqa, que con fuerza y mansedumbre resistió por años el dolor de la enfermedad! ¡Cuántos gestos de compasión realizó el beato Yakub El-Haddad, ayudando a las personas más abandonadas y olvidadas por todos!

Qué luz tan potente proviene de la penumbra en la cual decidió retirarse san Chárbel, él se ha convertido en uno de los símbolos del Líbano en el mundo. Sus ojos se representan siempre cerrados, como para custodiar un misterio infinitamente más grande. A través de los ojos de san Chárbel, cerrados para ver mejor a Dios, nosotros seguimos percibiendo con mayor claridad la luz de Dios. Es bellissimo el canto que se le dedica: “Oh, tú que duermes y tus ojos son luz para los nuestros, sobre tus párpados ha florecido un grano de incienso”. Queridos jóvenes, que también en los ojos de ustedes brille la luz divina y florezca el incienso de la oración. En un mundo de distracciones y vanidades, tengan cada día un tiempo para cerrar los ojos y mirar sólo a Dios. Él, aunque a veces parezca silencioso o ausente, se revela a quien lo busca en el silencio. Mientras se esfuerzan en hacer el bien, les pido que sean contemplativos como san Chárbel: rezando, leyendo la Sagrada Escritura, participando en la Santa Misa, deteniéndose en adoración. El Papa Benedicto XVI decía a los cristianos de Medio Oriente: «Os invito a cultivar de forma continua la amistad verdadera con Jesús por medio del poder de la oración» (Exhort. ap. *Ecclesia in Medio Oriente*, 63).

Mis queridos amigos, entre todos los santos resplandece la Toda Santa, María, Madre de Dios y Madre nuestra. Muchos jóvenes llevan siempre consigo un rosario, en el bolsillo, en la muñeca o al cuello. ¡Qué hermoso es mirar a Jesús con los ojos del corazón de María! También desde aquí, donde estamos en este momento, ¡qué dulce es levantar la mirada hacia Nuestra Señora del Líbano con esperanza y confianza!

Queridos jóvenes, permítanme finalmente entregarles la oración, simple y bellísima, atribuida a san Francisco de Asís:

“Oh, Señor, hazme un instrumento de tu paz. Donde haya odio, que lleve yo el amor. Donde haya ofensa, que lleve yo el perdón. Donde haya discordia, que lleve yo la unión. Donde haya duda, que lleve yo la fe. Donde haya error, que lleve yo la verdad. Donde haya desesperación, que lleve yo la alegría. Donde haya tinieblas, que lleve yo la luz”.

Que esta oración mantenga viva en ustedes la alegría del Evangelio, el entusiasmo cristiano. “Entusiasmo” significa “tener a Dios en el alma”. Cuando el Señor habita en nosotros, la esperanza que Él nos da se vuelve fecunda para el mundo. Verán, la esperanza es una virtud pobre, porque se presenta con las manos vacías; son manos libres para abrir las puertas que parecen cerradas por el cansancio, el dolor y la desilusión.

El Señor estará siempre con ustedes, y estén seguros del apoyo de toda la Iglesia en los desafíos decisivos de su vida y de la historia de su amado país. Los confío a la protección de la Madre de Dios y Señora nuestra, que desde la cima de esta montaña contempla este nuevo florecer. Jóvenes libaneses, ¡crezcan vigorosos como los cedros y hagan florecer al mundo con esperanza!

¡Muchas gracias a todos! *Shukran!*

VISITA A LOS OPERADORES Y PACIENTES DEL HOSPITAL “DE LA CROIX” EN JAL ED DIB

SALUDO DEL SANTO PADRE

Hospital “De La Croix” (Jal ed Dib)

Martes, 2 de diciembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas, buenos días.

Gracias por vuestra cálida acogida. Gracias.

Me alegro de encontrarme con ustedes, era mi deseo, porque aquí habita Jesús: tanto en ustedes, los enfermos, como en ustedes que los cuidan: las Hermanas, los médicos y todos los trabajadores sanitarios y administrativos. En primer lugar, quisiera saludarlos con afecto y asegurarles que están en mi corazón y en mis oraciones. ¡Y les agradezco por el hermoso himno que han cantado! ¡Gracias al coro y a los compositores, es un mensaje de esperanza!

Este hospital fue fundado por el beato padre Jacques, padre Yaacub, incansable apóstol de la caridad, de quien recordamos su santidad de vida, que se manifestó especialmente en el amor a los más pobres y a los que sufren. Las Hermanas Franciscanas de la Cruz, fundadas por él, continúan su obra y prestan un precioso servicio. Gracias, queridas Hermanas, por la misión que llevan adelante con alegría y dedicación.

También quisiera saludar con profunda gratitud al personal del hospital. Su presencia competente y solícita, así como el cuidado de los enfermos, son un signo tangible del amor compasivo de Cristo. Son como el buen samaritano, que se detiene junto al herido y lo cuida para aliviarlo y curarlo. A veces puede sobrevenir el cansancio o el desánimo, sobre todo por las condiciones no siempre favorables en las que trabajan. Los animo a no perder la alegría de esta misión y, a pesar de algunas dificultades, los invito

a tener siempre presente el bien que pueden realizar. Es una gran obra a los ojos de Dios.

Lo que se vive en este lugar es un aviso para todos, para su tierra, pero también para toda la humanidad. No podemos olvidarnos de los más frágiles; no podemos imaginar una sociedad que corre a toda velocidad aferrándose a falsos mitos de bienestar, ignorando tantas situaciones de pobreza y fragilidad. En particular nosotros, los cristianos, que somos la Iglesia del Señor Jesús, estamos llamados a cuidar de los pobres: el Evangelio mismo nos lo pide y —no lo olvidemos— nos interpela el grito de los pobres, que atraviesa también la Escritura: «En el rostro herido de los pobres encontramos impreso el sufrimiento de los inocentes y, por tanto, el mismo sufrimiento de Cristo» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 9).

A ustedes, queridos hermanos y hermanas marcados por la enfermedad, quisiera sólo recordarles que están en el corazón de Dios, nuestro Padre. Él los lleva en la palma de sus manos, los acompaña con amor, les ofrece su ternura a través de las manos y las sonrisas de quienes cuidan de su vida. A cada uno de ustedes el Señor les repite hoy: ¡Te amo, te quiero, eres mi hijo! ¡No lo olviden nunca! Gracias a todos. *Shukrán. Allah ma'akum* [Gracias. Que Dios esté con ustedes].

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

"Beirut Waterfront" (Beirut)

Martes, 2 de diciembre de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Al finalizar estos días intensos, que hemos compartido con alegría, celebramos nuestra acción de gracias al Señor por tantos dones recibidos de su bondad, por el modo en que se hace presente entre nosotros, por su Palabra que se nos ofrece en abundancia y por lo que nos ha permitido vivir juntos.

También Jesús, como acabamos de escuchar en el Evangelio, tiene palabras de gratitud para el Padre y, dirigiéndose a Él, reza diciendo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Lc 10,21).

Sin embargo, la dimensión de la alabanza no siempre encuentra espacio dentro de nosotros. A veces, agobiados por las fatigas de la vida, preocupados por los numerosos problemas que nos rodean, paralizados por la impotencia ante el mal y oprimidos por tantas situaciones difíciles, nos sentimos más inclinados a la resignación y a la queja que al asombro del corazón y al agradecimiento.

La invitación a cultivar siempre actitudes de alabanza y gratitud la dirijo precisamente a ustedes, querido pueblo libanés. A ustedes, que son destinatarios de una belleza singular con la que el Señor ha adornado su tierra y que, al mismo tiempo, son espectadores y víctimas de cómo el mal, en sus múltiples formas, puede empañar esta maravilla.

Desde esta explanada que se asoma al mar, también yo puedo contemplar la belleza del Líbano cantada por la Escritura. El Señor ha plantado aquí sus

altos cedros, los ha alimentado y saciado (cf. *Sal* 104,16), ha perfumado las vestiduras de la esposa del Cantar de los Cantares con el aroma de esta tierra (cf. *Ct* 4,11) y, en Jerusalén, ciudad santa revestida de luz por la venida del Mesías, anuncia: «Hasta ti llegará la gloria del Líbano, con el ciprés, el olmo y el abeto, para glorificar el lugar de mi Santuario, para honrar el lugar donde se posan mis pies» (*Is* 60,13).

Al mismo tiempo, sin embargo, esa belleza se ve oscurecida por la pobreza y el sufrimiento, por las heridas que han marcado su historia —acabo de rezar en el lugar de la explosión, en el puerto—; se ve oscurecida por los numerosos problemas que los afligen, por un contexto político frágil y a menudo inestable, por la dramática crisis económica que les oprime, por la violencia y los conflictos que han despertado antiguos temores.

En un escenario de este tipo, la gratitud cede fácilmente paso al desencanto, el canto de alabanza no encuentra espacio en la desolación del corazón, la fuente de la esperanza se seca por la incertidumbre y la desorientación.

Sin embargo, la Palabra del Señor nos invita a encontrar las pequeñas luces que brillan en lo hondo de la noche, tanto para abrirnos a la gratitud como para estimularnos al compromiso común en favor de esta tierra.

Como hemos escuchado, el motivo del agradecimiento de Jesús al Padre no es por obras extraordinarias, sino porque revela su grandeza precisamente a los pequeños y humildes, a aquellos que no llaman la atención, que parecen contar poco o nada, que no tienen voz. De hecho, el Reino que Jesús viene a inaugurar tiene precisamente esta característica de la que nos habló el profeta Isaías: es un brote, un pequeño retoño que surge de un tronco (cf. *Is* 11,1), una pequeña esperanza que promete el renacimiento cuando todo parece morir. Así se anuncia al Mesías y, al venir en la pequeñez de un brote, sólo puede ser reconocido por los pequeños, por aquellos que sin grandes pretensiones saben percibir los detalles ocultos, las huellas de Dios en una historia aparentemente perdida.

Es también una indicación para nosotros, para que tengamos ojos que sepan reconocer la pequeñez del retoño que surge y crece incluso en medio de una historia dolorosa. Pequeñas luces que brillan en la noche, pequeños brotes que despuntan, pequeñas semillas plantadas en el árido jardín de este

tiempo histórico, también nosotros podemos verlos, aquí y también ahora. Pienso en su fe sencilla y genuina, arraigada en sus familias y alimentada por las escuelas cristianas; en el trabajo constante de las parroquias, las congregaciones y los movimientos para responder a las preguntas y necesidades de la gente; me vienen a la mente los numerosos sacerdotes y religiosos que se dedican a su misión en medio de múltiples dificultades; así como también los laicos, comprometidos en el campo de la caridad y en la promoción del Evangelio en la sociedad. Por estas luces que con esfuerzo tratan de iluminar la oscuridad de la noche, por estos brotes pequeños e invisibles que, sin embargo, abren la esperanza en el futuro, hoy debemos decir como Jesús: “¡Te alabamos, Padre!”. Te damos gracias porque estás con nosotros y no nos dejas vacilar.

Al mismo tiempo, esta gratitud no debe quedarse en un consuelo íntimo e ilusorio. Debe llevarnos a la transformación del corazón, a la conversión de la vida, a considerar que es precisamente en la luz de la fe, en la promesa de la esperanza y en la alegría de la caridad donde Dios ha pensado nuestra vida. Y, por eso, todos estamos llamados a cultivar estos brotes, a no desanimarnos, a no ceder a la lógica de la violencia ni a la idolatría del dinero, a no resignarnos ante el mal que se extiende.

Cada uno debe poner de su parte y todos debemos unir nuestros esfuerzos para que esta tierra pueda recuperar su esplendor. Y sólo hay una forma de hacerlo: desarmemos nuestros corazones, dejemos caer las armaduras de nuestras cerrazones étnicas y políticas, abramos nuestras confesiones religiosas al encuentro mutuo, despertemos en lo más profundo de nuestro ser el sueño de un Líbano unido, donde triunfen la paz y la justicia, donde todos puedan reconocerse hermanos y hermanas y donde, finalmente, se pueda realizar lo que nos describe el profeta Isaías: «El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos» (*Is 11,6*).

Este es el sueño que se les ha confiado, es lo que el Dios de la paz pone en sus manos: ¡Líbano, levántate! ¡Sé morada de justicia y de fraternidad! ¡Sé profecía de paz para todo el Levante!

Hermanos y hermanas, yo también quiero decir, repitiendo las palabras de Jesús: “Te alabo, Padre”. Elevo mi acción de gracias al Señor por haber

compartido estos días con ustedes, mientras llevo en mi corazón sus sufrimientos y sus esperanzas. Rezo por ustedes, para que esta tierra del Levante esté siempre iluminada por la fe en Jesucristo, sol de justicia, y, gracias a Él, conserve la esperanza que no declina.

Llamamiento del Santo Padre al finalizar la Santa Misa en Beirut

Queridos hermanos y hermanas:

En estos días, con mi primer viaje apostólico, realizado durante el Año jubilar, he deseado hacerme peregrino de esperanza en Medio Oriente, implorando a Dios el don de la paz para esta amada tierra, marcada por la inestabilidad, las guerras y el dolor.

Queridos cristianos del Levante, cuando los resultados de sus esfuerzos de paz tardan en llegar, los invito a alzar la mirada al Señor que viene. Contemplémoslo con esperanza y valentía, invitando a todos a recorrer el camino de la convivencia, la fraternidad y la paz. ¡Sean constructores de paz, anunciadores de paz, testigos de paz!

Oriente Medio necesita actitudes nuevas, para rechazar la lógica de la venganza y la violencia, para superar las divisiones políticas, sociales y religiosas, para abrir capítulos nuevos bajo el signo de la reconciliación y la paz. La vía de la hostilidad mutua y de la destrucción en el horror de la guerra ha ido demasiado lejos, con los deplorables resultados que están a la vista de todos. Necesitamos cambiar de camino, necesitamos educar el corazón para la paz.

Desde esta plaza, rezo por todos los pueblos que sufren a causa de la guerra. Rezo también por Guinea-Bisáu, deseando una solución pacífica de las controversias políticas. Y no olvido a las víctimas del incendio en Hong Kong, así como a sus queridas familias.

Y ruego especialmente por el amado Líbano. Pido nuevamente a la comunidad internacional que no se escatimen esfuerzos para promover procesos de diálogo y reconciliación. Dirijo un apremiante llamamiento a cuantos están investidos de autoridad política y social, aquí y en todos los países marcados por guerras y violencia: ¡escuchen el clamor de sus

pueblos que invocan la paz! Pongámonos todos al servicio de la vida, del bien común y del desarrollo integral de las personas.

Finalmente, a ustedes, cristianos del Levante, ciudadanos de estas tierras por derecho propio, les repito: ¡ánimo! Toda la Iglesia los mira con afecto y admiración. Que la Bienaventurada Virgen María, Nuestra Señora de Harissa, los proteja siempre.

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS

DURANTE EL VUELO DE REGRESO DESDE LÍBANO

Vuelo papal

Martes, 2 de diciembre de 2025

Matteo Bruni

Buenos días Santidad, buenos días a todos.

Gracias por permitirnos estar aquí detrás para encontrarnos con Usted. Gracias por estos días en los que hemos podido seguir el viaje de dos países que Usted ha visitado. En cuanto a este último país, el Líbano, de parte de los periodistas tenemos unas cuantas preguntas, pero antes quisiera decir una palabra. Hay una periodista que durante muchos años ha trabajado siguiendo la Santa Sede, el Vaticano, el Papa, y que en diciembre se jubilará; Cindy Wooden, que trabaja con la CNS. La relación con ella ha sido muy valiosa y amigable en todos estos años.

En cuanto a las preguntas, la primera es de parte de un periodista libanés, siempre y cuando Usted no quiera decir alguna palabra antes.

Papa León XIV

Sólo una palabra. ¡Buenos días a todos! Antes que nada, quiero agradecerles a todos ustedes que han trabajado tanto, y quisiera que transmitieran este mensaje a los demás periodistas, tanto a los de Turquía como a los del Líbano, a todos los que han trabajado para comunicar los importantes mensajes de este viaje. Gracias a todos ustedes, merecen un fuerte aplauso por su trabajo. Gracias.

Matteo Bruni

La primera pregunta es de Joseph Farchakh de la Televisión pública libanesa (LBC International)

Joseph Farchakh - Televisión pública libanesa (LBC International)

Antes que nada, muchas gracias por concedernos esta oportunidad como único medio de comunicación libanés que lo acompaña en su primer viaje al extranjero. Previo a hacer mi pregunta, le entrego este regalo de la familia LBCI. Fue realizado mientras se desplazaba de un lugar a otro. Este es Usted, y estos son los diferentes lugares en los que se detuvo. Puede ver a Nuestra Señora del Líbano, a san Charbel, al puerto de Beirut, todos los lugares destacados.

Así que, de verdad, le agradecemos mucho que nos haya bendecido con esta oportunidad. En el reverso encontrará un sincero agradecimiento de nuestro presidente del consejo de administración y su esposa —Pierre y Randa Daher— que están muy agradecidos por esta oportunidad. Fue pintado en directo mientras usted se desplazaba de un destino a otro.

Y volviendo ahora a mi pregunta, Santidad. Usted es un Papa estadounidense que lidera un proceso de paz; está en una misión de paz en la región. Mi pregunta es: ¿utilizará sus conexiones con el presidente Donald Trump, con el primer ministro Benjamin Netanyahu, pues usted antes declaró en el avión que el Vaticano es amigo de Israel? ¿Planteará la necesidad de que se detengan las agresiones israelíes contra el Líbano? ¿Es posible lograr una paz sostenible en la región?

Papa León XIV

En primer lugar, sí, creo que es posible alcanzar una paz sostenible. Pienso que cuando hablamos de esperanza, cuando hablamos de paz y miramos hacia el futuro, lo hacemos porque creo que es posible que la paz vuelva a la región y a su país, al Líbano. De hecho, ya he iniciado, de manera muy modesta, conversaciones con algunos de los líderes de los lugares que han mencionado y tengo la intención de continuar haciéndolo, personalmente o a través de la Santa Sede; porque lo cierto es que mantenemos relaciones diplomáticas con la mayoría de los países de la región y, sin duda, esperamos seguir haciendo ese llamamiento a la paz del que hablé al final de la Misa de hoy.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. La próxima pregunta es de Imad Atrach de Sky News Arabia.

Imad Atrach - Sky News Arabia

Santidad, soy libanés, así es que hablo en italiano, si me permite. Santidad, en su último discurso, que creo que es muy importante, había un mensaje claro de negociar, para las autoridades libanesas. Por lo tanto, negociar, dialogar, construir. El Vaticano, ¿hará algo concreto en este sentido? Luego, ayer por la noche se reunió con un representante chiita. Antes de su viaje, Hezbollah le envió un mensaje, no sé si Usted lo recibió, y si lo haya leído, y si podría decirnos algo al respecto. Le agradezco mucho por haber visitado el Líbano, era un sueño para nosotros.

Papa León XIV

Bien, gracias. Es un aspecto de este viaje que, por así decirlo, no ha sido la causa principal, porque el mismo viaje nació pensando en cuestiones ecuménicas, con el tema de Nicea, el encuentro con los patriarcas católicos y ortodoxos, buscando la unidad de la Iglesia. Sin embargo, efectivamente, durante este viaje me encontré también personalmente con varios grupos que representan realmente a autoridades políticas, personas o grupos que tienen que ver con los conflictos internos e incluso internacionales de la región. Nuestro trabajo principal no trata de una cosa pública que declaramos por las calles, es más bien un poco “tras bambalinas”. Es, de hecho, una cosa que ya hemos hecho y continuaremos haciendo para buscar, por así decirlo, convencer a las partes para abandonar las armas, la violencia, y que vengan juntas a la mesa del diálogo. Buscar respuestas y soluciones que no sean violentas, sino que puedan ser más eficaces, y mejores para el pueblo.

Imad Atrach - Sky News Arabia

El mensaje de Hezbollah, ¿Usted lo vio?

Papa León XIV

Si, lo vi. Evidentemente existe, por parte de la Iglesia, la propuesta de que dejen las armas y que busquemos el diálogo. Pero prefiero no comentar más sobre esto en este contexto.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. La otra pregunta es de parte de Cindy Wooden de CNS (Catholic News Service)

Cindy Wooden - CNS

Santo Padre, hace un par de meses dijo que ser Papa conlleva un proceso de aprendizaje. Cuando llegó ayer a Harissa y recibió una cálida bienvenida, parecía que hubiera dicho “¡guau!”. ¿Puede contarnos qué está aprendiendo? ¿Qué es lo más difícil de aprender para usted como Papa? Y tampoco nos ha contado nada sobre cómo se sintió en el cónclave cuando quedó claro lo que estaba sucediendo. ¿Puede decirnos un poco sobre eso?

Papa León XIV

Bueno, mi primer comentario sería que hace sólo uno o dos años, yo también pensaba en jubilarme algún día. Al parecer, usted ha recibido ese regalo. Mientras algunos de nosotros seguiremos trabajando.

En cuanto al cónclave en sí, creo firmemente en el secreto del cónclave, aunque sé que ha habido entrevistas públicas en las que se han revelado algunas cosas. El día antes de ser elegido, una periodista me abordó en la calle cuando iba a comer donde los agustinos, al otro lado de la calle, y me dijo: “¿Qué le parece? ¿Se ha convertido en uno de los candidatos!”. Y yo simplemente le respondí: “Todo está en las manos de Dios”. Y lo creo profundamente. Uno de ustedes —hay un periodista alemán aquí, que me dijo el otro día: “Señáleme un libro, aparte de san Agustín, que podamos leer para entender quién es Prevost”. Se me ocurrieron varios, pero uno de ellos es un libro titulado “La práctica de la presencia de Dios”. Es un libro muy sencillo, escrito por alguien que ni siquiera da su apellido, el hermano Lorenzo. Lo leí hace muchos años. Pero describe, por así decirlo, un tipo de oración y espiritualidad en la que uno simplemente entrega su vida al Señor y permite que Él lo guíe. Si quieren saber algo sobre mí, esa ha sido mi espiritualidad durante muchos años. En medio de grandes desafíos, viviendo en el Perú durante los años del terrorismo, siendo llamado a servir en lugares donde nunca pensé que sería enviado. Confío en Dios y ese mensaje es algo que comparto con todas las personas. Así que, ¿cómo fue? Me resigné al ver cómo iban las cosas y dije que eso se podía convertir en

realidad. Respiré hondo y dije: “Aquí vamos, Señor, tú estás al mando y tú guías nuestro camino”.

[**Cindy Wooden** repite la primera parte de su pregunta].

Papa León XIV

No sé si anoche dije “guau”. En el sentido de que mi rostro es muy expresivo, pero a menudo me divierte cómo los periodistas lo interpretan. En serio, es interesante. A veces obtengo ideas realmente geniales de todos ustedes, porque creen que pueden leer mi mente o mi rostro. Y no es así, no siempre tienen razón.

Estuve en el Jubileo de la Juventud, donde había más de un millón de jóvenes. Anoche había una pequeña multitud. Para mí siempre es maravilloso. Me pongo a pensar que esas personas están aquí porque quieren ver al Papa, pero me digo a mí mismo que están aquí porque quieren ver a Jesucristo, y quieren ver a un mensajero de paz, en este caso en particular. Así que escuchar su entusiasmo y oír su respuesta a ese mensaje es algo que creo que es extraordinario —ese entusiasmo es impresionante—. Sólo espero que nunca me canse de apreciar todo lo que esos jóvenes están mostrando.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. La próxima pregunta viene de Gian Guido Vecchi, Corriere della Sera.

Gian Guido Vecchi – Corriere della Sera

Son momentos de tensión entre la OTAN y Rusia, se habla de guerra híbrida, prospectivas de ciberataques y cosas de ese tipo. ¿Usted ve el riesgo de una escalada, es decir, de un conflicto que se lleve a cabo con nuevos medios, como denuncian los altos mandos de la OTAN? Y, en este contexto, ¿sería posible una negociación por una paz verdadera, sin la intervención de Europa, que en estos meses ha sido sistemáticamente excluida por la administración americana?

Papa León XIV

Este es un tema evidentemente importante para la paz del mundo, pero la Santa Sede no tiene una participación directa, porque hasta ahora no formamos parte de la OTAN, ni de todos los diálogos. A pesar de que tantas veces hemos pedido el cese al fuego, el diálogo y no la guerra. Es ahora una guerra con tantos aspectos, el aumento de las armas, con toda la producción que hay, los ciberataques, la energía. Ahora que viene el invierno, hay ahí un tema muy serio. Es evidente que, por una parte, el presidente de los Estados Unidos piensa que puede promover un plan para la paz que quisiera implementar y que, al menos en un primer momento, lo ha hecho sin Europa. Sin embargo, la presencia de Europa es realmente importante, y esa primera propuesta se modificó también por lo que Europa estaba diciendo. Concretamente, creo que el papel de Italia podría ser muy importante. Precisamente, digamos que cultural e históricamente, por la capacidad que tiene Italia de mediar en un conflicto que existe entre diferentes partes. También Ucrania, Rusia evidentemente, Estados Unidos. En este sentido, podría sugerir que la Santa Sede también fomente este tipo de mediación y que busquemos juntos una solución que realmente pueda ofrecer paz, una paz justa, en este caso en Ucrania. ¡Gracias!

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. La próxima pregunta es de Elisabetta Piqué, de La Nación, también ella está aquí adelante.

Elisabetta Piqué - La Nación

Gracias, Santo Padre, por este primer viaje internacional, ante todo. La bandera del Líbano tiene los mismos colores de la bandera del Perú: ¿es una señal de que se va a hacer ese viaje a América Latina, teóricamente en la segunda mitad del año próximo, junto a Argentina y Uruguay que quedaron pendientes? Fuera de broma, queríamos preguntarle qué viajes está preparando para el año que viene. Y después, hablando de América Latina, está preocupando muchísimo, hay muchísima tensión por lo que está pasando en Venezuela. Hay un ultimátum del Presidente Trump a Maduro para que se vaya, para que deje el poder, y una amenaza a derrocarlo con una operación militar. Queríamos preguntarle, ¿qué piensa al respecto? Gracias.

Papa León XIV

En cuanto a los viajes, no hay nada seguro. Espero realizar un viaje a África. Sería posiblemente el próximo viaje.

Elisabetta Piqué

¿Dónde?

Papa León XIV

África, África. Personalmente espero ir a Algeria, para visitar los lugares de la vida de san Agustín, pero también para continuar el discurso del diálogo, de la construcción de puentes entre el mundo cristiano y el mundo musulmán. Ya en el pasado, de otra forma, tuve la oportunidad de hablar acerca de este tema. Es interesante, la figura de san Agustín ayuda mucho como puente, porque en Algeria es muy respetado como hijo de la patria. Esa es una opción, en cuanto otros posibles países, estamos trabajando en ello. Evidentemente, me gustaría mucho visitar America Latina, Argentina y Uruguay, que están esperando la visita del Papa. Perú, pienso que también me recibirían. Y entonces, si voy a Perú, también a tantos países vecinos. Pero todo está en proyecto, y el proyecto aún no está definido.

Elisabetta Piqué

¿26 o 27?

Papa León XIV

26 o 27, estamos viendo.

Elisabetta Piqué

Gracias.

Papa León XIV

Sobre Venezuela, a nivel de la Conferencia Episcopal, con el Nuncio, estamos buscando maneras para calmar la situación, buscar sobre todo el bien del pueblo, porque tantas veces quien sufre en estas situaciones es el pueblo, no son las autoridades. Las voces que vienen de Estados Unidos cambian, y con cierta frecuencia, a veces, hay que ver. Por un lado, parece que ha habido una conversación por teléfono de los dos Presidentes y, por

otro lado, hay ese peligro, esa posibilidad de que haya alguna actividad, alguna operación incluso invadiendo territorio de Venezuela. Yo no sé más. De nuevo creo que es mejor buscar maneras de diálogo, quizás presión, incluso presión económica, pero buscando otra manera para cambiar, si es lo que decide hacer Estados Unidos.

Matteo Bruni

Gracias, Elisabetta. Santidad, la otra pregunta viene de Mikael Corre de La Croix.

Mikael Corre - La Croix

Hola, Santidad. Gracias por este viaje tan interesante. Acaba de hablar de seguir tendiendo puentes entre mundos diferentes, y me gustaría preguntarle algo. Algunos católicos en Europa creen que el islam es una amenaza para la identidad cristiana de Occidente. ¿Tienen razón? ¿Qué les diría usted?

Papa León XIV

Todas las conversaciones que mantuve durante mi estancia, tanto en Turquía como en el Líbano, incluidas las que tuve con muchos musulmanes, se centraron precisamente en el tema de la paz y el respeto hacia las personas de diferentes religiones. Sé, de hecho, que no siempre ha sido así. Sé que en Europa hay muchos temores, pero a menudo estos temores son generados por personas que están en contra de la inmigración y tratan de mantener alejadas a personas que pueden ser de otro país, otra religión, otra raza. Y en ese sentido, diría que todos debemos trabajar unidos. Uno de los valores de este viaje es precisamente llamar la atención del mundo sobre el hecho de que el diálogo y la amistad entre musulmanes y cristianos son posibles. Creo que una de las grandes lecciones que el Líbano puede enseñar al mundo es precisamente mostrar una tierra en la que el islam y el cristianismo están presentes y son respetados, y que existe la posibilidad de convivir, de ser amigos. Las historias, los testimonios y los testigos que hemos escuchado incluso en los últimos dos días de personas que se ayudan mutuamente, cristianos y musulmanes, ambos con sus pueblos destruidos, por ejemplo, decían que es posible unirnos y trabajar juntos. Creo que esas son lecciones que también sería importante escuchar

en Europa o Norteamérica. Que tal vez deberíamos tener un poco menos de miedo y buscar formas de promover el diálogo auténtico y el respeto.

Matteo Bruni

La próxima pregunta viene de la periodista de la ARD Radio, Ana Giordano.

Ana Giordano - ARD Radio

La Iglesia en el Líbano también cuenta con el apoyo de la Iglesia alemana. Por ejemplo, hay algunas agencias de ayuda alemanas muy activas en el Líbano. Desde ese punto de vista, es importante que la Iglesia alemana sea fuerte. Probablemente Usted sabe que existe el Camino Sinodal, que llamamos *Synodaler Weg*, un proceso de cambio que se está llevando a cabo en la Iglesia alemana. ¿Cree que este proceso puede ser una forma de fortalecer la Iglesia en Alemania? ¿O es al revés? ¿Y por qué?

Papa León XIV

El Camino Sinodal no es exclusivo de Alemania, toda la Iglesia ha celebrado un Sínodo sobre la sinodalidad durante los últimos años. Hay algunas similitudes importantes, pero también hay algunas diferencias notables entre cómo se ha llevado a cabo el *Synodaler Weg* en Alemania y cómo podría continuar en la Iglesia universal. Por un lado, diría que sin duda hay espacio para el respeto por la inculturación. El hecho de que en un lugar se viva la sinodalidad de una determinada manera y en otro se viva de otra manera no significa que vaya a haber una ruptura o una fractura. Creo que es muy importante recordar esto. Al mismo tiempo, soy consciente de que muchos católicos en Alemania creen que ciertos aspectos del Camino Sinodal que se ha celebrado en Alemania hasta ahora no representan su propia esperanza para la Iglesia ni su propia forma de vivir la Iglesia. Por lo tanto, es necesario seguir dialogando y escuchando dentro de la propia Alemania, para que no se excluya la voz de nadie, y que la voz de los más poderosos no silencie o ahogue la voz de aquellos que también pueden ser muy numerosos, pero que no tienen un lugar para expresarse y hacer oír sus propias voces y sus propias expresiones de participación en la Iglesia. A la vez, como seguramente sabrán, el grupo de obispos alemanes se ha reunido, durante los últimos dos años, con un grupo de cardenales de la Curia

romana. Allí también hay un proceso en marcha para tratar de garantizar que el Camino Sinodal alemán no se aleje, por así decirlo, de lo que debe considerarse como el camino de la Iglesia universal. Estoy seguro de que continuará. Supongo que se harán algunos ajustes por ambas partes en Alemania, pero sin duda espero que las cosas salgan bien.

Matteo Bruni

Gracias Santidad, gracias Ana. Y la última pregunta, Santidad, es de Rita El-Mounayer (Sat-7 International), otra periodista que viene del territorio del Líbano.

Rita El-Mounayer - Sat-7 International

Somos cuatro canales cristianos diferentes que transmitimos en Oriente Medio y el norte de África, dos en árabe, uno en farsi y otro en turco. Ante todo, quisiera agradecerle por dedicar su tiempo al pueblo libanés. Yo misma soy hija de la guerra y sé lo mucho que significa recibir un abrazo de Su Santidad, una palmada en el hombro y oírle decir que todo va a salir bien. Y lo que me ha impresionado es su lema, Santidad, que dice «en el único Cristo somos uno». Este lema habla de tender puentes entre las diferentes confesiones cristianas, entre las religiones y también entre vecinos, lo que a veces puede resultar un poco difícil.

Así que mi pregunta es, desde su propia perspectiva, ¿qué don único tiene la Iglesia en Oriente Medio —con todas sus lágrimas, heridas, desafíos e historia pasada— que ofrecer a la Iglesia en Occidente y al mundo?

Papa León XIV

Permítanme comenzar mi respuesta diciendo que hoy en día las personas que han crecido en una sociedad muy individualista —jóvenes que han pasado mucho tiempo aislados durante la pandemia por el Covid, y cuyas relaciones personales suelen ser muy limitadas, ya que en realidad sólo se desarrollan a través de pantallas de computadora o teléfonos inteligentes —a veces se preguntan: “¿Por qué deberíamos querer ser uno? Soy un individuo y no me importan los demás”. Yo pienso que hay un mensaje muy importante que transmitir a todas las personas, y es que la unidad, la amistad, las relaciones humanas y la comunión son extremadamente importantes y valiosas. Aunque sea sólo por el ejemplo que usted

mencionó, en referencia a alguien que ha vivido una guerra o ha sufrido y está pasando por un momento doloroso, lo que un abrazo puede significar para esa persona. Cómo esa expresión tan humana, real y saludable de cuidado personal puede sanar el corazón de otra persona. A nivel personal, eso puede convertirse, por así decirlo, en un nivel común, un nivel comunitario que nos une a todos y nos ayuda a entender que el respeto mutuo va mucho más allá de “tú mantén la distancia, yo me quedaré aquí y tú te quedarás allá y no tendremos ninguna interacción”. Significa construir relaciones que enriquecerán a todas las personas. Con ese mensaje, sin duda, mi lema es principalmente por Cristo “*in illo*”, es decir, “en Cristo, que es Uno, todos somos uno”. Pero no está definido, por así decirlo, sólo para los cristianos. De hecho, es una invitación a todos nosotros y a los demás, diciendo que cuanto más promovamos la unidad y el entendimiento auténticos, el respeto y las relaciones humanas de amistad y diálogo en el mundo, mayor será la posibilidad de que dejemos a un lado las armas de la guerra, de que dejemos de lado la desconfianza, el odio, la animosidad que tantas veces se ha acumulado y que encontremos formas de unirnos y ser capaces de promover la paz y la justicia auténticas en todo el mundo.

Matteo Bruni

Gracias Santidad, gracias por esta y por todas sus respuestas. Gracias por su disponibilidad en el transcurso de este viaje.

Papa León XIV

Buen viaje a todos y gracias a ustedes.

Matteo Bruni

Gracias.

[1] A. G. Roncalli, *La predicazione a Istanbul. Omelie, discorsi e note pastorali (1935-1944)*, Florencia 1993, 367-368.

[2] *Catequesis con motivo del sexagésimo aniversario de la Declaración conciliar “Nostra aetate”* (29 octubre 2025).

[Volver al índice](#)